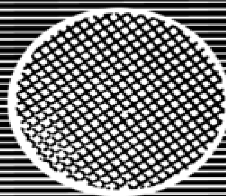
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

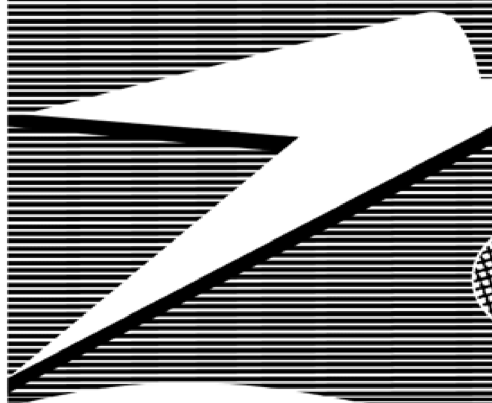
LUCHAR POR MARTE

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION







LA CON

DEL ES

CLARK CARRADOS

LUCHAR POR MARTE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 289
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 51.469 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: FEBRERO, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

Con el ceño fruncido, lo que afeaba un tanto su lindo rostro, Charlotte Hogan se acercó al cuartito de control y contempló las cifras que marcaban los contadores.

Sintióse desalentada. ¿Iba a poder seguir ella adelante, con la sola ayuda de una docena de estúpidos *Zrinn,* quienes, al cabo de meses de trabajo, a su lado, apenas si habían aprendido a decir sí o no?

Los contadores marcaban, también, las cifras de su débito con la *Marspace Energy.*

—Aterrador —murmuró.

Menos mal que la granja estaba en plena producción. Pero, a pesar de todo, apenas si podría cancelar todas sus deudas.

¿Y después?

Abandonó el poco optimista cuarto de control. Desde la ventana de la salita, contempló las enormes cúpulas bajo las cuales, en el suelo marciano, crecían las plantas y vivían los animales domésticos terrestres.

Las cúpulas eran, en realidad, semicilindros de tejido transparente, muy sólido, sostenido por simple presión atmosférica. Todas las cúpulas tenían comunicación entre sí, pero, en el caso de una repentina pérdida de presión, por cualquier causa, las compuertas se cerraban automáticamente.

El caso más frecuente solía ser el de perforación y, aun así, no ocurría muy a menudo. En ocasiones, había tormentas de polvo y arena en el exterior, horrible y desolado, y alguna piedrecita, impulsada con demasiada fuerza, llegaba a perforar alguna de las cúpulas.

Esto no era corriente, pero, cuando sucedía, un mecanismo automático liberaba unas burbujas de goma líquida que, inexorablemente, eran arrastradas por la corriente de aire hasta el orificio. La goma se solidificaba en pocos segundos y se restablecía la estanque-dad. Entonces, los generadores de aire, actuando igualmente de un modo automático, devolvían la presión a la cúpula.

Pero los tiempos eran malos. Las gentes habían perdido ya el interés por Marte.

Faradayville era una población medio desierta. Sobraban granjeros y sobraban

vegetales y animales domésticos.

Sola en su granja, Charlotte sentía crecer su pesimismo, día a día. Si las cosas seguían así, tendría que abandonar la granja.

Alguien se la quedaría: la poderosa *Marspace Energy*-

Era curioso. ¿Por qué la *M. E.* se quedaba con la inmensa mayoría de las granjas?

Aún más; en alguno de sus viajes a Faradayville, Charlotte había oído rumores de que algunos granjeros habían sido obligados a vender sus posesiones a precios increíblemente ridículos.

Rumores, pensó. ¿Qué interés podía tener aquella poderosa empresa en unos terrenos que luego no pensaba hacer cultivar?

Desde la ventana, contempló a los *Zrinn* moviéndose entre los terrenos de labor. Otros cuidaban de las gallinas y demás animales domésticos.

Suspiró, resignada. Como se decía en ciertas circunstancias, *la función debía continuar.* —A trabajar, Charlotte.

Y, por la compuerta más próxima, salió a una cúpula bajo la cual crecían unos melocotoneros preciosos.

* * *

Ray Mulrooney, gordo, medio calvo, barrigudo, meneó la cabeza al oír las pretensiones de su cliente.

—No sé si debo... —rezongó.

El cliente puso sobre el mostrador un fajo de buenos billetes de Banco, aurificados y con la garantía del Banco Central del Sistema Solar.

—Oiga, amigo, no irá a decirme que este dinero no es bueno —exclamó.

—¡No se me ocurriría dudar de su pasta, señor...

—Bill Tompkins —se presentó el cliente.

—Muy bien, señor Tompkins, pero el caso es que no tengo la seguridad de que sea usted un granjero legalmente establecido...

—¿ Acaso hay alguna ley que le impida vender cohetes provocadores de

lluvia? Usted los tiene, ¿no? Entonces, véndame seis. Ponga un precio y pagaré en el acto.

Ray Mulrooney suspiró.

Los tiempos no eran buenos.

Estaba cansado de cobrar en especie, la mayoría de las ocasiones: coles, judías y gallinas. Dinero, muy poco.

Los granjeros de Faradayville tenían cada vez mejores cosechas y, cada vez eran más pobres.

A Mulrooney le resultaba incomprensible.

—Y que esto suceda en pleno siglo XXII...

Pero acabó vendiendo los seis cohetes provocadores de lluvia.

* * *

Dave Lay firmó los papeles y firmó, también, un cheque. El vendedor leyó la cifra del cheque y sonrió satisfecho.

—He tenido suerte —dijo.

Y se despidió con la rapidez de un alma que lleva el diablo.

Jean Marthien, el único abogado que había en Faradayville, testigo oficial de la operación, miró casi con pena a su cliente. —Señor Ley...

—Lay —corrigió el cliente sonriendo—. Pero puede llamarme Dave.

—Está bien, Dave. Usted se empeñó en ello y yo no podía evitarlo. Pero déjeme que le diga que no ha hecho un buen negocio. Una granja, hoy, en Marte, aun que sea tan grande como la de Ramón Maraver, es la ruina.

Lay sonrió.

—Me gusta el oficio de granjero —dijo—. Además antes de comprar, estuve viendo la propiedad. Es buena y, en el precio, van incluidos todos los aperos, herramientas y vehículos.

—Sí. Ramón emigra, como la mayoría. Mire, Dave, hace sólo un par de años, Faradayville era una ciudad próspera, en pleno *boom.* De repente, les entró a los ciudadanos la comezón de emigrar y, en ese plazo, hemos perdido la mitad

del censo.

—Son tipos pesimistas —calificó Lay.

—Antes había ocho abogados. Ahora sólo quedo yo. ¿No es un síntoma?

—Jean, dígame su minuta. Tengo un poco de prisa

Mathieu se resignó. Mencionó una cifra y el hombre joven, robusto y bien parecido, que tenía frente a sí, sacó unos billetes y los puso sobre la mesa.

—¿Algo más, Jean?

—No, ya está todo. Suerte, Dave.

Lay se puso en pie. Pero antes de salir, se volvió hacia el abogado.

—Jean, dígame, ¿por qué emigra la gente? —inquirió.

—Le daré un consejo. Vaya al Phobos. Pida una copa, y escuche.

—No es mala idea. Adiós, Jean.

Lay abandonó la oficina del abogado. Antes de llegar a la compuerta, se puso la máscara de oxígeno, cuya mochila suministradora del indispensable gas, sin el cual era imposible vivir en el exterior más de un par de minutos, estaba situada a la espalda.

Salió a la calle, ancha, rectilínea, flanqueada por edificios de distintas trazas, pero todos ellos compuestos por elementos prefabricados. El frío viento del Norte marciano arrastraba polvo de arena mezclado con minúsculas partículas de hielo. El tránsito era prácticamente nulo en aquellos momentos.

Ya se encendían algunas de las luces de las casas. De repente, un hombre salió disparado a través de una de las ventanas.

Los cristales saltaron ruidosamente. El individuo, con la máscara puesta, había caído casi a los pies del joven.

Lay le miró con curiosidad. Un hombre se asomó a la ventana rota, blandiendo el puño.

—No vuelva por aquí, maldito esbirro —aulló, a través del micrófono incorporado a la máscara—. No vuelva o juro que le pesará.

De pronto, el caído sacó una pistola. El pie de Lay fue más rápido que la

mano que empuñaba el arma.

—Eso no está bien, amigo —dijo el joven con severidad.

El caído se puso en pie, frotándose la muñeca dolorida.

—Me ha pegado, me ha cubierto de injurias...

—¡Ladrón! —aulló el hombre que estaba en la casa—. ¡Todos sois unos ladrones, todos!

—Está bien, está bien —dijo Lay, conciliador—. Ya se ha desahogado, no le insulte más.

Se inclinó y descargó el arma, devolviéndola a su dueño.

—No estamos en el Salvaje Oeste de hace trescientos años —agregó.

El hombre se marchó, refunfuñando bajo su máscara. Lay se encaró con el colérico dueño de la casa.

—La pelea, supongo, no será por cuestiones sentimentales —dijo.

—¡Je! —contestó el otro—, Aprovecharé que mi mujer está fuera, para decirle que, por este lado, hay tranquilidad absoluta. Es tan fea que todas las mañanas, cuando me despierto y la veo a mi lado en la cama, me llevo un susto horrible.

Lay rio de buena gana.

—Tendrá que comprar un cristal —dijo.

—Ahora lo encargaré. Pero ese condenado Lañe Bort... Claro que, a fin de cuentas, no es peor que cualquier otro de los esbirros de la *M. E.* Usted ya sabe, la compañía que suministra energía a Faradayville y toda su comarca.

Lay asintió. Dink Calhoun prosiguió:

—Ando un poco retrasado en el pago de las deudas, pero eso no es suficiente para echar a un hombre de su casa, ¿no le parece?

—Sin la menor duda —contestó Lay.

—Total, por cincuenta *pavos*...

Lay agitó una mano.

—Reponga ese cristal —indicó.

Continuó su camino. Poco más adelante, encontró una casa, con porche estanco. Entró y se acercó a una máquina automática, cuyos servicios utilizó ampliamente. Luego salió, se acercó a la central de Correos y depositó un sobre en el buzón.

Al terminar, buscó el Phobos.

Tratábase de bonito local pero, lo mejor de todo, era que estaba dirigido por una hermosa mujer.

Rubia, formas generosas y sonrisa incitante. La temperatura, en lugares estancos, no bajaba nunca de los 25°, lo que permitía a Marie Georges lucir un escote de enorme atractivo.

—A usted le conozco yo —dijo, apenas vio al cliente junto a la barra.

—Si me ha visto en alguna parte...

—Le he visto, pero no recuerdo dónde.

—De todos modos, ¿importa mucho, Marie?

Ella levantó las cejas.

—Usted sí me conoce —dijo.

—¿ Quién no conoce la fama de la belleza de una mujer como usted? Marie, mi nombre es Dave Lay.

La rubia hizo un gesto negativo.

—Entonces, no le he visto antes —dijo—. Tengo buena memoria para los hombres y el suyo no me suena en absoluto.

—Quizá le suene, de ahora en adelante. He comprado una granja.

Los ojos de Marie se dilataron.

—Un loco —dijo, pasmada—. Todo el mundo vende y nadie compra, si no es la...

—Ya lo sé, la todopoderosa *Marspace Energy*. Pero, ¿por qué compra?

—¿Por qué no se lo pregunta a su director para Marte? Tal vez Craig Wandee

consienta en decírselo, Dave.

—¡Ah!; se llama Wandee...

—Sí. ¿A quién le ha comprado usted la granja?

—Maraver. Antes, claro, había visto la propiedad. Me pareció excelente y pagué el precio justo.

Marie hizo un gesto pesimista.

—Pobre loco —murmuró.

CAPITULO II

Lay llegó al hotel y, tras pasar la compuerta, se quitó la máscara de oxígeno. Aflojó sus ropas de abrigo y subió a su habitación, en donde se dio un buen baño.

Luego se metió en la cama. A los pocos minutos, estaba dormido como un tronco.

El sueño que tenía no fue obstáculo para que despertara bruscamente pasada la media noche. Se sentó en la cama, pero entonces el intruso le pegó un porrazo en la cabeza y lo dejó sin sentido.

Por la mañana, una vez recobrado, Lay revisó su equipaje.

El dinero había sido respetado, así como la mayoría de los objetos personales. Sonrió al darse cuenta de la única cosa que le faltaba.

Y ello no le preocupó demasiado porque, momentos después, silbando alegremente, se metió debajo de la ducha.

Cuando terminó de vestirse, encargó el desayuno. Tras comer con magnífico apetito, salió a la calle.

Minutos más tarde, entraba en el almacén de Mulrooney.

—Deseo comprar un vehículo —manifestó. Mulrooney parpadeó.

—¿Qué pasa? ¿Es que no tiene ninguno? —preguntó Lay, intrigado por el asombro del comerciante.

—Hombre, qué cosas... Tengo una docena, de distintas clases...

—Quiero un todo terreno, capaz de cargar tres toneladas, con cabina estanca, radio y demás. ¿Tiene alguno?

—El precio es de tres mil doscientos marcos marcianos, señor...

—Lay, Dave Lay. Vaya preparando los documentos. Le firmaré un cheque.

Las reticencias de Mulrooney se acentuaron.

—Oiga, cheques...

Lay sacó su talonario de cheques y enseñó la garantía del Banco. El rostro del

comerciante se humanizó.

—Dispense, señor, pero en los tiempos que corremos...

—No se preocupe —sonrió el joven—. Su forma de actuar es correcta. Y bien, ¿vemos el coche?

—Sígame, por favor.

Lay fue conducido a un cobertizo estanco, donde pudo contemplar los vehículos almacenados. Al fin se decidió por uno que reunía las características exigidas.

—Tendré que comunicarlo a la *M. E.* Usted ya sabe —dijo Mulrooney—, estos cacharros se mueven por energía radiante y la *M. E.* debe asignarle una frecuencia determinada.

—Hágalo, obre como tenga por costumbre.

—Como manda la ley. —Mulrooney se corrigió rápidamente—. Como manda la *M. E.*

—Sí, algo he oído al respecto —sonrió Lay. Mulrooney realizó las operaciones por medio de un circuito privado de televisión, con dispositivo de grabación. Informó de la venta y alguien, al otro lado, recitó una serie de cifras y letras, las cuales aparecieron igualmente en la pantalla. El comerciante tomó una fotografía instantánea de la imagen, dijo que inmediatamente abonaría el importe de la operación y cortó la transmisión.

—Todo listo —informó a su cliente, a la vez que le entregaba la fotografía—. Ahí tiene su matrícula que, al mismo tiempo, es su frecuencia de recepción de energía.

—De modo que la M. *E.* se encarga de las cuestiones de tráfico —dijo.

—Sí, por concesión del gobierno, aunque sólo en sentido burocrático. Naturalmente, la policía pertenece al gobierno. —Mulrooney bajó la voz—. Pero cuando un empleado de la *M. E.* alza una ceja, la mayoría de los agentes que tenemos aquí, incluido el jefe Vroots, bailan con los pies por alto y sosteniéndose en un solo dedo.

—Será cosa de tenerlo en cuenta, amigo Mulrooney. El comerciante hizo un gesto lleno de pesimismo., —No sé qué diablos pretenderá la *M. E.* —murmuró—. En lugar de fomentar la prosperidad, diríase que quiere convertir la región en lo que era hace ciento cincuenta años: un desierto. Pero ¿qué

puede hacer una poderosa» empresa con seis u ochocientos mil kilómetros cuadrados de desierto?

—Ninguna empresa de semejante calibre hace jamás nada sin un motivo bien definido. Lo que pasa es que nunca explican ese motivo, hasta que es demasiado tarde. Para los demás, claro. Mulrooney soltó una risita.

—Eso sí que es cierto. Bien, yo me retiro al interior y vaciaré el aire del cobertizo, para que usted pueda salir con el trasto. Sí necesita algo de la tienda, dé la vuelta y estacione en la parte de delante.

—Vendré más tarde, ahora he de hacer una visita —contestó Lay.

El comerciante entró en el edificio y Lay en la cabina de su coche. Llenó ésta de aire y movió una mano, con el pulgar hacia arriba. Entonces, Mulrooney aspiró el aire contenido en el cobertizo —era preciso ahorrar metros cúbicos del preciado gas—, las bombas lo almacenaron en unas botellas de hierro y luego, por mando remoto, abrió la puerta estanca del exterior.

El coche arrancó. Apenas hubo salido, Mulrooney cerró la puerta y restableció la presión atmosférica del cobertizo.

En la soledad de su despacho, contempló el cheque entregado por el futuro granjero.

—Nunca faltan locos... aunque locos como este muchacho se necesitarían a cientos en este maldito planeta —rezongó.

* * *

El coche, como algunos otros, había quedado estacionado en plena calle, frente al Phobos. En pie, junto a una de las ventanas del primer piso, Dave Lay contemplaba a la hermosa directora del local, sentada ante el tocador, cepillándose la frondosa cabellera.

—Conque todo eso es lo que hay, Marie —dijo.

—Sí, ya lo sabes. El que no quiere vender, es presionado de una forma u otra. Se habla de un par de granjeros que desaparecieron misteriosamente y que no han vuelto a ser vistos jamás. Por supuesto, eran tipos solitarios... y sus cuerpos estarán bajo una docena de metros de arena, en las orillas del Gran Canal. Los granjeros que tenían familia, cedieron con más facilidad.

—La gente emigra a otros planetas. Nadie, o muy pocos, quieren quedarse en Marte. ¿Por qué será? Marie levantó sus desnudos hombros.

—En Marte hay que vivir siempre bajo una atmósfera acondicionada, en lugares cerrados y, cuando sales a la calle, tienes que ponerte la máscara. En la mayor parte del tiempo, hace frío. El viento sopla casi de continuo, las noches son interminables...

—Pero el suelo es muy fértil y hoy día se fabrican cúpulas de hasta mil metros de largo, por doscientos de ancho y cien de altura.

—Eso ya no convence a la gente, Dave. La gente, hoy día, está por el mínimo esfuerzo. En esos planetas hay atmósfera normal o casi normal, temperaturas agradables, comarcas donde se recogen dos cosechas, agua en abundancia,., y el viaje en las naves de velocidad hiperlumínica es poco menos que regalado. Así que nadie se quiere matar a trabajar, aquí. —Salvo algunos tontos.

—Tú no eres tonto, Dave. Pero tampoco comprendo por qué quieres enterrar aquí tu juventud. —¿Eres una vieja? —rió él. Marie sonrió.

—Aquí vivo ya por inercia —contestó—. Pero si Faradayville se despuebla, tendré que regresar a la Tierra y acogerme al seguro de desempleo. En los planetas-colonias de Alfa Centauro no admiten a las gentes de mi clase. Los gobiernos locales son terriblemente puritanos, Dave.

—Sí, eso he oído. No obstante, me parece que no tendrás que pedir seguro de paro.

—¿Por qué?

—La casa y el negocio son tuyos, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces, no vendas...

—Hasta ahora, nadie me ha hecho la menor oferta. Pero si surgiese alguna proposición interesante...

—No vendas, Marie; una empresa como la *M. E.* no compra terrenos sólo por justificar movimiento delante de sus accionistas.

Ella suspendió el cepillado del pelo.

—Pero nadie sabe por qué...

—Las grandes empresas nunca dicen *por qué* hasta que tienen todo en marcha. Pero ¿qué sentido habría en lo que están haciendo, si no tuviesen

ciertos planes para seiscientos mil o más kilómetros cuadrados de territorio, incluyendo, al menos, setecientos kilómetros lineales de Gran Canal?

—Puede que tengas razón, Dave. Oye, ¿te das cuenta de que sabes muchas cosas, que nadie había mencionado hasta ahora?

Lay se echó a reír.

—No sé nada, sólo deduzco, preciosa —contestó—. Y, un consejo; si puedes, compra propiedades; casas, tierras... lo que sea. Antes de un año, esto se revalorizará de un modo increíble.

Marie se volvió lentamente en su taburete.

—¿Es lo que me aconsejas? —preguntó.

De pronto, llamaron a la puerta. Marie se levantó. A través de un interfono, una voz femenina dijo:

—Espaciograma para el señor Lay, señora.

—Pídele que lea el texto v el nombre del remitente —dijo él.

Marie obedeció. La camarera que había al otro lado, leyó:

> «Conseguido éxito total. He fletado nave especial para cargamento. Partiré día doce, tiempo terrestre.
>
> «Saludos, Jake.»

—Eso es todo, señora.

Marie tenía la vista fija en el joven. Cuando éste hizo un gesto con la cabeza, dijo:

—Gracias, Nina, puede retirarse.

—Sí, señora.

—Cave, ¿quién es el tal Jake? —preguntó Marie, muerta de curiosidad.

—Es un buen amigo y consocio, al veinticinco por ciento, de mi granja.

—Tú eres dueño de las tres cuartas partes.

De pronto, Dave puso los brazos en torno a la esbelta cintura de la rubia.

—De momento prefiero ser dueño de algo mucho más precioso —murmuró a su oído.

—Me vas a despeinar —se quejó ella;

—Si quieres, yo seré luego tu peluquero.

Marie ya no contestó; estaba muy ocupada en buscar los labios de su visitante.

Más tarde, mientras Lay se ponía el chaquetón, ella preguntó:

—¿Cuándo volverás, Dave?

—No lo sé, me esperan unas semanas de mucho trabajo —contestó él.

—¡La granja está solamente a ciento cuarenta kilómetros; cuatro horas escasas de camino, sin forzar la velocidad...

—Lo sé, pero tendré que trabajar mucho, en especial, cuando llegue mi socio.

De repente, Dave lanzó una gruesa interjección.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, alarmada.

—Sal, pronto, y cierra. Voy a abrir la ventana.

Marie obedeció instintivamente, mientras él se ponía la máscara. Cuando vio que la puerta estaba cerrada, levantó el bastidor.

El aire se escapó rugidoramente. Abajo, en la calle, un hombre manipulaba en una de las grandes ruedas del automóvil.

Lay tenía una pistola. Apuntó a una de las piernas del sujeto y disparó. El hombre cayó al suelo, lanzando un aullido.

El estampido hizo que muchos rostros se pegaran a los cristales de las ventanas. Lay se lanzó a través de la ventana, ignorando, en apariencia, el hecho de hallarse a seis metros del suelo.

Pero el tercio de gravedad marciana reducía su peso de noventa a treinta kilos, lo que significaba que el salto era análogo a otro de dos metros en la Tierra. Tocó el suelo y corrió hacia el hombre que, caído en el suelo, se agarraba la pierna con ambas manos.

—Usted... ha disparado contra mí... —gritó el hombre, colérico.

A lo lejos se oyó el aullido de una sirena policial. Dave esperó a pie firme junto al caído.

—¿Quién ha disparado? —preguntó el policía instantes después.

—Yo —contestó Lay—. Ese hombre estaba dañando mi vehículo.

—No es cierto, yo sólo me apoyaba... —se defendió el herido.

—Agente, mire debajo de su cuerpo. Encontrará el retén de sujeción de la bomba automática, de la rueda delantera izquierda —dijo Lay con voz firme —. He comprado una granja, voy a marcharme inmediatamente y... ¿se imagina lo que habría sucedido cuando esa rueda se hubiera quedado sin presión?

El policía hizo lo que le indicaban. La pieza, un pequeño cilindro de acero inoxidable, con algunas muescas, apareció en el suelo arenoso, bajo el cuerpo del herido. El policía sabía muy bien que el retén no podía soltarse accidentalmente.

Una ambulancia y un coche se detuvieron a los pocos instantes. Del segundo de los vehículos surgió un hombre menudo, delgado, con una aparatosa insignia en el lado izquierdo de su chaquetón.

—Me han avisado de una perturbación del orden —dijo.

El agente saludó.

—Es cierto, jefe —informó—. El señor Lay ha disparado contra un saboteador de su vehículo, llamado Harry Baihane.

Los ocupantes de la ambulancia se encargaban ya del herido. El jefe de policía se encaró con Lay.

—Soy Vroots —dijo—. Usted es el que ha disparado contra Baihane.

—Tengo derecho a defender, no ya mi propiedad, sino mi vida. Imagine que me quedo sin aire a mitad de camino. Entre Faradayville y mi granja no hay ningún lugar donde pedir socorro...

—Hay otras granjas, señor Lay.

—A usted no le gustaría quedarse sin coche en medio del desierto, ¿verdad, jefe Vroots?

—Usted es nuevo en la región —dijo él policía.

—He comprado la granja número ciento sesenta y cuatro. Voy a establecerme allí —contestó Lay.

De pronto, la rueda empezó a perder aire.

Los neumáticos del vehículo eran de tipo balón, enormes, con más de un metro de sección, fabricados con un material sumamente elástico, pero también resistente, lo que permitía a los automóviles rodar por cualquier terreno, con la salvedad de los que tenían una pendiente excesiva. Las estrías externas de los neumáticos podían, además, actuar a modo de paletas, cuando el coche entraba en alguna corriente de agua, lo que lo convertía en vehículo anfibio.

Vroots emitió un gruñido.

—Tendrá registrada la pistola, supongo —dijo.

—Seguro, jefe —contestó Lay—. He venido a Marte pertrechado con todos los documentos necesarios. ¿Quiere verlos?

Magnánimo, Vroots contestó:

—Me basta su palabra, señor Lay. Habrá una encuesta judicial, aunque atendiendo a las circunstancias, es probable que se celebre por televisión.

Lay inclinó la cabeza.

—¡No es mi intención eludir el cumplimiento de las leyes, señor —declaró respetuosamente.

Vroots se marchó. Un par de curiosos se ofrecieron para ayudar al joven en la reparación de la avería, oferta que Lay aceptó sin remilgos. Cuando todo estuvo en orden, Lay invitó a los individuos a unos tragos en el Phobos,

Marie le dio más tarde una noticia.

—Craig Wandee tiene un jefe de *personal* llamado Marco Lupo. A Baihane se le ve casi continuamente en compañía de Lupo.

—Lupo... *Lobo* —tradujo Lay, con los ojos entornados—. Será cosa de tenerlo en cuenta, Marie.

—Y de mirar constantemente por encima del hombro, Dave —aconsejó la hermosa rubia.

CAPITULO III

Una vez más, Charlotte Hogan echó una mirada al cuarto de control.

Las cifras eran desconsoladoras. Los contadores, incluido el que registraba su cuenta del Banco, daban ganas de llorar.

El consumo subía y los ingresos bajaban. Charlotte se preguntó si encontraría cliente para una veintena de pollos, cinco docenas de huevos y un par de cientos de kilos de fruta fresca. *¿Y* qué conseguiría con ello?

Tal vez aguantar un par de semanas más. Después, se hallarían en las mismas condiciones.

Durante esas dos semanas, mantendría al mismo nivel las cifras de los contadores. Pero no conseguiría que subiesen.

Los *Zrinn* seguían moviéndose por los campos situados bajo las Cúpulas. No se les podía negar buena voluntad, afán de trabajo...y su consumo de alimentos era mínimo.

Aparte de que no cobraban sueldo. Aquellos menudos individuos, de cráneo piriforme y piel marrón rojizo no aceptaban la moneda. Y no gastaban ropa; prácticamente, un breve taparrabos era toda su indumentaria.

Tampoco necesitaban máscaras de oxígeno. Un *Zrinn* se encontraba tan a gusto bajo una cúpula a presión, con una temperatura media de 22°, como en el exterior donde, en ocasiones, el termómetro marcaba —30°. Y sin abrigo y sin máscara.

Una extraña raza. Nadie sabía exactamente de dónde procedían. Un día llegaron algunos a Marte y...

De repente, Charlotte creyó observar movimiento en la granja de su vecino.

—¿Será posible? —murmuró.

Conocía a Ramón Maraver, a su esposa y a sus hijos. Ramón había anunciado repetidas veces sus intenciones de emigrar. Precisamente, dos días antes había ido a la ciudad con toda la familia, tras manifestar que tenía un comprador para la granja.

Allí había cuatro personas, podía advertirlo a simple vista. Pero la distancia era relativamente grande para apreciar más detalles sin la ayuda de algún

instrumento óptico.

Charlotte tenía unos prismáticos y fue a buscarlos. Cuando regresó a la ventana, enfocó los gemelos hacia la granja de su vecino.

Entonces vio algo que le dejó sin aliento.

* * *

Dave Lay se separó de la línea del Gran Canal, durante la que había corrido la mayor parte del trayecto, y oblicuó hacia el Nordeste, en la dirección donde se hallaba la granja.

Frente a él tenía la barrera de los Montes Wellington, en realidad, una cadena de cerros que, en su mayor altura, apenas si rebasaban la cota de los quinientos metros sobre el nivel del desierto. Pero aquella cordillera formaba una especie de semicírculo que empezaba en el lado Este del Gran Canal y acababa cientos de kilómetros al Sur.

Lanzó una última mirada al Gran Canal, la colosal excavación que procedía del Norte y que tenía una anchura de diez kilómetros por una profundidad de tres o cuatrocientos metros. El agua corría durante el deshielo por aquel gigantesco cauce. ¿Qué misteriosa raza había excavado el canal, miles de siglos antes?

No había quedado rastro de la humanidad auténticamente marciana. El paso de los años, los vientos y la arena del desierto habían borrado todas las huellas. Ni siquiera había una losa de piedra, mejor o peor labrada, que pudiera dar indicio sobre una primitiva ciudad en Marte.

Nada, absolutamente nada.

En miles de siglos, los primeros pobladores del cuarto planeta habían sido terrestres.

Pero incluso éstos empezaban ya a abandonara Marte. Y su rastro duraría mucho menos que el de los primitivos habitantes del planeta.

Abandonó sus lúgubres pensamientos. Casi tenía la granja a la vista.

A partir del Gran Canal, el suelo descendía paulatinamente, en una pendiente muy suave, formando una enorme depresión, cuyos límites quedaban tras el horizonte. El descenso de nivel era, sin embargo, inapreciable. Apenas se hubiera notado, de no ser por el altímetro barométrico, que marcaba la altura por medio de la presión exterior de la atmósfera marciana.

Unos minutos más tarde, divisó la granja.

Sí, era tal como la había descrito Maraver y él había comprobado personalmente: seis cúpulas de cien por doscientos por mil metros, más dos auxiliares, mucho más pequeñas, como almacenes; más la vivienda.

Todo estaba en orden, salvo que había gente en donde no debiera estar.

Lay frunció el ceño y se colocó la máscara. Pronto saldría de la cabina del automóvil, cuyas grandes ruedas le hacían quedar a más de dos metros de altura del suelo. En la parte posterior llevaba la antena de rejilla, que captaba la fuerza procedente del satélite energético, por medio de la cual hacía funcionar el motor propulsor del aparato y los de los instrumentos auxiliares, incluidos los de atmósfera y calefacción.

Los hombres que estaban en la granja le vieron llegar y empezaron a ponerse las máscaras. Instantes más tarde, Lay detenía el coche y saltaba al suelo.

Un hombre salió a su encuentro;, utilizando una de las compuertas automáticas del cobertizo auxiliar más cercano.

—¡Hola! —dijo.

—¿Qué tal? —saludó Lay, bajo su máscara.

—Me llamo Rowe. Soy el dueño de la granja.

Lay alzó las cejas.

—¿De veras?

—Así es. ¿Por qué lo duda?

—¿Dónde están sus documentos de propiedad?

Rowe emitió un gruñido de desdén bajo su máscara.

—Comprenderá que no voy a enseñarlos al primero que llegue...

—Es que yo quiero verlos —dijo Lay.

—Usted no es policía. Y todavía no sé su nombre...

—Lay, Dave Lay.

Rowe pareció sorprenderse al oír aquellas palabras.

—Lay —repitió.

—Sí —confirmó el aludido.

—He oído su nombre —dijo Rowe, displicente—. Pero eso no importa. Soy el dueño de la granja número ciento sesenta y cuatro. Esta, precisamente.

—Y ésos son sus empleados.

—Empleados y consocios.

Tres hombres más salieron del cobertizo, avanzando desplegados. Dos de ellos llevaban las manos a la espalda, lo cual dio muy mala espina al joven.

Pero fingió no haber advertido nada. A poca distancia, había un poste de metro y medio de altura, que sostenía una caja de regulares dimensiones.

—Amigo Rowe...

—Manny es el nombre —gruñó Rowe hoscamente.

—Muy bien, Manny. ¿Tiene usted la llave del buzón?

Rowe pareció desconcertarse. Sin perder la calma, Lay sacó un manojito de llaves del bolsillo y abrió el buzón, de cuyo interior extrajo un grueso sobre.

-s-Aquí tengo fotografías de mis documentos de propiedad —anunció—. Alguien me robó los originales dos noches antes, seguramente, para quemarlos. El que lo hizo, golpeándome, además, para dejarme sin sentido, perdió el tiempo.

Bajo la máscara, Rowe enrojeció de ira. De pronto, lanzó un ronco aullido.

—¡A él! —ordenó.

Tres fornidos sujetos se precipitaron contra el joven, dos de ellos blandiendo sendos garrotes. Lay sacó su pistola, pero un golpe en el hombro, que le dejó el brazo completamente entumecido, le hizo perder el arma.

Otro golpe en la frente lo derribó por tierra. De no haber sido por el casco de piel que abrigaba su cráneo, lo habría pasado muy mal.

Aun así, vio todas las estrellas y casi perdió el conocimiento, junto con las fuerzas. Alguien se inclinó sobre él y arrancó de un tirón la máscara que enviaba el gas vital a sus pulmones.

Rowe dio un paso atrás.

—Dejadlo ahí —ordenó—. Luego diremos que sufrió un accidente...

A pesar de que estaba medio inconsciente, Lay se percató de lo que sucedía e intentó poder ponerse la máscara de nuevo. Un golpe en los nudillos dejó su mano sin fuerza.

Contuvo la respiración. Pero sabía que no podía aguantar mucho tiempo en un ambiente donde la presión era inferior a la del Everest terrestre.

Rowe y sus esbirros le contemplaban fríamente.

Estaban dispuestos a dejarle morir por asfixia. Luego abandonarían su cuerpo en alguna parte, junto con el coche, deliberadamente averiado... y algún día, alguien encontraría su cadáver...

De repente, estalló un disparo.

Cuatro rostros se volvieron en el acto hacia el lugar de donde procedía el estampido, de escaso volumen, debido a la atmósfera enrarecida.

* * *

Un automóvil se había detenido a unos trescientos. metros de distancia y su ocupante, tras saltar al suelo, estaba arrodillado, haciendo fuego con un rifle provisto de mira tele visual.

La bala hizo saltar arena entre los pies de los rufianes. Sonaron varios disparos más.

—¡Larguémonos! —aulló uno.

Rowe maldijo entre dientes. Pero ya no podía hacer nada. Aquel inoportuno testigo había dado al traste con sus planes.

Echó a correr hacia su propio automóvil. Los tres secuaces saltaron a la cabina, atropellándose en su ansia por escapar de las balas que continuaban silbando amenazadoramente sobre sus cabezas.

Lay agradeció mentalmente la ayuda del desconocido. Consiguió hacer un esfuerzo y se colocó la máscara de nuevo. La cabeza y el hombro le dolían, pero al cabo logró ponerse en pie. Tambaleándose, pudo apoyarse en una de las ruedas de su coche. A los pocos momentos, llegó su inesperado salvador.

Entonces, asombrado, vio unos brillantes rizos castaños que se salían fuera del

gorro de piel.

Ella dijo:

—Vamos a casa, Ramón: allí podré atenderle...

—No soy Ramón, señora —contestó Lay.

Charlotte le miró atónita.

—El nuevo propietario —exclamó.

—Sí, Dave Lay, a su disposición y agradecido, señora...

—Charlotte Hogan, soltera —se presentó ella—. Vamos, Dave.

Era una joven fuerte y Lay pudo apoyarse en su hombro sin cuidado. A los pocos momentos, entraban en la casa.

Lay se derrumbó sobre un diván. Charlotte se quitó la máscara y el chaquetón y empezó a trastear en un armario. A los pocos momentos, vino con un frasco y unas compresas en las manos.

—Tiene un bonito chichón en la frente, Dave —comentó.

—El segundo en dos días —gruñó él.

—¿Cómo?

—Luego le explicaré... Oiga, me ha salvado la vida.

Esos tipos estaban dispuestos a dejarme morir de asfixia.

—*Sí,* ahora me doy cuenta. Vi algo raro desde mi casa, con los prismáticos, y me apresuré a intervenir.

Con la mano izquierda, Lay sostuvo una compresa sobre su frente.

—Debe de haber café por alguna parte —dijo ella—. De modo que ha comprado la granja a Ramón.

—Así es. Esos tipos me robaron los documentos de propiedad y, supongo, los quemaron, pero no contaron con que yo había obtenido fotocopias, enviándolas por correo, a mi nombre y a mi propia granja. El helimóvil postal pasa una vez al día, ¿no es cierto?

Charlotte sonrió.

—Es un servicio que funciona con regularidad absoluta —contestó.

—No ha defraudado mi confianza, en todo caso. Charlotte, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, Dave.

—¿No han intentado comprarle todavía su granja?

Ella se puso seria.

—Aún no, si bien sospecho que no tardarán demasiado en hacerme una proposición —respondió.

—Sus asuntos no marchan bien, ¿eh?

—Honradamente, siento muy poco optimismo para el futuro de los granjeros —dijo la joven.

De pronto, Lay se dio cuenta de que había varias personas junto a la ventana, mirándoles desde el exterior.

CAPITULO IV

Los rostros casi triangulares de los *Zrinn,* con sus ojos redondos, de dimensiones enormes y desproporcionadas, parecían pertenecer a unas estatuas de color marrón rojizo y superficie brillante. Eran cinco o seis y parecían muy interesados en la conversación de la pareja.

—No pueden oírnos —dijo ella—. Aunque, a decir verdad, no sé si sus orejas puntiagudas no son otra cosa que un adorno anatómico.

Casi recuperado, Lay se puso en pie.

—Buenos chicos —dijo—. ¿Está el café, Charlotte?

—En seguida, Dave —respondió la joven.

Charlotte fue a la cocina. Lay, en cambio, se dirigió a la compuerta que comunicaba el cobertizo auxiliar con la vivienda.

Silenciosamente, uno tras otro, seis *Zrinn* entraron en la casa.

—¡Hola, Ktia! —saludó Lay.

El *Zrinn* levantó sus manos y apoyó las yemas en los hombros respectivos.

—Te saludo, Dave —contestó.

—Mi alegría es infinita al verte de nuevo, Ktia. ¿Tus hermanos?

—Todos los *Zrinn* somos hermanos.

—Es verdad, casi lo había olvidado... ¿Cómo se llaman?

—Ktio, Ktiia, Ktiio, Ktie y Ktiie.

Lay agitó una mano.

—¡Hola, hermanos! —dijo.

Los otros *Zrinn* permanecieron inmóviles. Lay sabía muy bien los motivos. Lo que un *Zrinn* decía o hacía, era como si lo dijeran o hicieran los demás. La falta de respuesta a su saludo no le molestó en absoluto.

—La granja es ahora mía, Ktia —dijo.

—Te ayudaremos —contestó el *Zrinn,* un diminuto hombrecillo cuya estatura no rebasaba los ciento veinte centímetros.

—Gracias. Y yo os ayudaré, también, en la medida de mis fuerzas.

—Vimos que aquellos hombres te atacaban. Cuando quisimos ayudarte, la mujer ya lo hacía.

Charlotte entró en aquel momento, vio a los *Zrinn* y estuvo a punto de dejar caer la bandeja.

—¡Cielos! —exclamó.

—Ktia, ella es Charlotte —sonrió Lay—. Charlotte, le presento a Ktia y sus hermanos. Aunque hay, también, hermanas.

—Espere, tome la bandeja... creo que las piernas no me sostienen... —dijo la joven, muy pálida—. E...está hablando con ellos... Oía voces y creía que sería la radio...

—Yo hablaba con mi hermano —dijo Ktia.

Lay empezó a llenar las tazas.

—Iré a buscar más. A los *Zrinn* les gusta, también, el café —dijo.

Charlotte se había derrumbado sobre una butaca.

—Yo tengo doce y jamás han dicho más allá de sí o no...

—Quizá es que no ha intentado entablar comunicación con ellos —dijo Lay, al regresar con más tazas.

—Pero si lo he intentado todo...

—Usted los ha considerado siempre como seres inferiores. Son tan inteligentes o más que nosotros, Charlotte.

—Dave, me siento espantada. ¡Y toman café! ¡Si sólo les he visto alimentarse de vegetales!

—¿Ha probado a ofrecerles alguna vez cosas más sustanciosas? No, ¿verdad? Simplemente, contrató una docena de *Zrinn,* le dijeron que sólo comían hierbas y hortalizas de desecho y no se preocupó siquiera de averiguar realmente sus gustos.

—Pero ellos podrían haber dicho...

—En cierto modo, son orgullosos y no piden nada, aunque acepten todo lo que se les ofrece con buena voluntad. ¿Me equivoco, Ktia?

—Así es —respondió gravemente el *Zrinn.*

—Bueno, a partir de ahora, intentaré entablar relación con mis... empleados —dijo Charlotte, desmayadamente—. Confieso que nunca me preocupé...

—Son seres humanos —manifestó Lay.

—Los otros no hablan —observó ella.

—Para los *Zrinn* de un grupo, basta que uno de ellos diga o haga algo, siempre que pueda actuar solo, como en este caso. Los restantes aprueban lo que hace su hermano.

—De modo que todos son hermanos.

—En lo espiritual, sí. Físicamente, cada uno procede de padres distintos. Lo normal es que cada pareja de *Zrinn* tenga solamente un hijo y, a menos que éste muera de accidente, no tienen más descendencia.

Atónita, Charlotte reparó en los seis seres diminutos que permanecían en pie ante ella, tomando el café con educados movimientos.

—Pero todos son iguales...

—Aunque usted no lo crea, hay tres varones y tres hembras. Algún día, sentirán la necesidad de tener descendencia.

—Pero... oiga, la... las mujeres no se distinguen...

—Por las curvas, ¿verdad? —Lay soltó una risita—. Su raza es algo distinta de la terrestre. En usted, esas curvas empezaron a aparecer a partir de los doce años, y existirán en su cuerpo mientras viva. En el caso de los *Zrinn,* sólo aparecen después de la concepción. Y cuando el pequeño *Zrinn* come normalmente y no necesita de la madre, las glándulas mamarias desaparecen.

—Así es —confirmó Ktia.

—Pero ¿cómo sabe usted tanto? —exclamó Charlotte, vivamente sorprendida.

—Estuve una temporada en Zrigamore, su planeta, el noveno del sistema de Alfa Centauro. Es bastante parecido a Marte, aunque todavía más inhóspito.

Por eso aquí viven tan bien.

—Y usted...

—El nos consideró siempre como seres humanos —dijo Ktia gravemente.

—Creo que tengo mucho de qué arrepentirme —declaró Charlotte con humildad—. Cuando regrese, hablaré con mis *Zrinn*...

—Sus hermanos —corrigió Lay.

—Sí, mis hermanos. Ktia. ¿tú también lo eres?

—Sí —respondió el hombrecillo. Se volvió hacia Lay—. Hace buen café.

Lay sonrió.

—Espero mejorarlo. Pero, Ktia, ¿no captaste mis pensamientos? —preguntó.

—¡Atiza! ¡Telépatas y todo! —se pasmó la joven.

—No es prudente entrar en la mente de otro ser —dijo Ktia—. Por otra parte, tampoco sabíamos de su llegada.

—¡Porque no entrasteis en las mentes de los usurpadores de mi granja —adivinó Lay.

Ktia asintió. De pronto, Charlotte quiso saber algo.

—Dave, si todos tienen una figura y un rostro que parecen hechos de un mismo molde, ¿cómo se distinguen los dos sexos, salvo en el momento en que ellas están... van a tener descendencia?

—Es bien sencillo. El nombre de un varón lleva sólo una vocal después de la consonante o consonantes iniciales. Las hembras emplean dos vocales. Por ejemplo, Ktiia, Ktiio y Ktiie.

—¡Ah, ya entiendo! Y, ¿cuándo creerán necesario tener hijos?

—La hora no ha llegado todavía —respondió Ktia.

Charlotte-se dijo que no convenía ahondar en un tema tan vidrioso. De momento, sabía algo que, si bien la avergonzaba un tanto, no dejaba de beneficiarla, porque, a partir de aquel momento no estaría tan sola, con doce seres a los que, hasta entonces, había considerado unos exóticos animalitos de dos patas.

—Dave, creo que es hora de que vuelva a mi granja —manifestó.

—Como guste. Un día de éstos iré a devolverle la visita. —Lay sonrió—. Será difícil que olvide lo que ha hecho por mí.

—Pensé que era Ramón.

—El resultado fue el mismo. Aquellos sujetos querían asesinarme.

—¿Intentarán repetirlo?

—Lo evitaremos —terció Ktia.

Charlotte dirigió una mirada a Lay. El joven sonrió. Luego la ayudó a ponerse el chaquetón.

Era una muchacha fuerte, robusta, de sólida figura, pero también esbelta. El tipo de mujer que se necesitaba para vivir en un lugar tan árido como Marte.

Cuando Charlotte se hubo marchado, Lay entró de nuevo en la casa.

Sonrió a los *Zrinn,*

—Ktia, hoy mataremos un par de gallinas para celebrarlo —dijo.

El normalmente impasible rostro del *Zrinn* se iluminó con una sonrisa.

—Bueno, hombre, ya era hora de que alguien dijera una cosa así —exclamó, alegremente.

De repente, en medio de la noche, varios días después, Lay fue despertado por una mano que tocaba su hombro.

—Capto pensamientos hostiles —dijo Ktia.

El joven se levantó de un salto. Vistióse a oscuras, requirió la máscara de oxígeno, sacó su pistola y se dirigió hacia la puerta.

—No es necesario que intervengas, Ktia —murmuró.

El *Zrinn* guardó silencio. Sin hacer el menor ruido, Lay salió fuera.

Las estrellas brillaban en el frío aire marciano. Lay dio la vuelta a la casa.

De pronto, vio una sombra agachada junto al cobertizo auxiliar.

Levantó el arma.

—¡Alto! —gritó.

El hombre se volvió. Sacó una pistola y disparó.

Lay hizo fuego. El intruso disparó de nuevo. Lay se tiró al suelo y apretó el gatillo varias veces.

De pronto, se oyó un agudo grito. El intruso se desplomó.

Lay corrió hacia el caído, quien se movía convulsivamente. Pero, a los pocos momentos, se quedó quieto.

Sacó la linterna. El rostro del muerto le resultó conocido.

Cuatro días antes, le había atacado con un garrote. Pero ¿qué diablos hacía ahora?

De pronto, reparó en la caja que había al pie del cobertizo. Una súbita sospecha invadió su mente.

Primero se puso de rodillas. Luego aplicó el oído a la caja.

Los cabellos se le pusieron de punta. Inmediatamente, se levantó, agarró la caja y echó a correr.

Ktia y sus hermanos estaban a poca distancia.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó, sin dejar de correr.

De pronto, vio una pequeña hondonada y lanzó la caja con todas sus fuerzas. Retrocedió a la carrera y, treinta metros más adelante, se tiró de cabeza al suelo.

Un segundo después, la noche se disipó por un colosal relámpago, al mismo tiempo que el suelo temblaba violentamente, sacudido por una terrorífica explosión. Lay permaneció todavía unos momentos, boca abajo, con la cabeza protegida por los brazos, hasta que hubo cesado la lluvia de tierra y pedruscos ocasionada por el estallido.

Luego se puso en pie.

—¡Ktia! —llamó.

—Estamos bien —contestó el *Zrinn.*

Sacudiéndose el polvo, Lay regresó a la casa. Ktia había encendido las luces exteriores, sin necesidad de más indicaciones.

Lay registró al muerto, sin encontrar en él nada comprometedor. Su documentación le dijo que se había llamado Hank Fuller y poca cosa más.

Pero, en cambio, su cadáver era algo incómodo. Lay reflexionó sobre lo que debía hacer.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Ktia, este hombre no vino a pie desde la ciudad —dijo—. Es preciso buscar su automóvil.

—Está bien, Dave.

Los *Zrinn* se esparcieron por la llanura colindante. Casi en aquel momento, brillaron unos faros hacia el Este.

La voz de Charlotte sonó instantes después:

—¡Dave!

—Acérquese, no ocurre nada —contestó él.

La muchacha saltó de su automóvil y corrió hacia Lay.

—He oído una tremenda explosión —dijo, muy agitada.

—Alguien intentó volar mi generador de atmósfera —contestó él sombríamente.

Charlotte se horrorizó. Era fácil imaginarse lo que habría sucedido en la granja, con aquel aparato destrozado.

El generador descomponía los elementos necesarios, contenidos en el subsuelo, produciendo oxígeno y nitrógeno, imprescindibles para la respiración de los seres vivos. Ciertamente, las plantas de las tierras de labor producían oxígeno por fotosíntesis, pero resultaba escaso para una vida semejante a la terrestre y era preciso emplear el generador.

De pronto, ella vio el bulto inmóvil tendido en el suelo y se estremeció.

—Es...

—Se llamaba Hank Fuller. Cuando le di el alto, disparó varias veces. No tuve

otro remedio que defenderme —explicó Lay.

Charlotte inspiró con fuerza.

—Si es necesario, atestiguaré en su favor, Dave —manifestó.

—Creo que no hará falta —dijo él enigmáticamente.

Ktia llegó a poco con un automóvil.

—Estaba a un par de kilómetros, escondido en una vaguada —declaró.

—Estos *Zrinn* saben de todo —se asombró la joven.

—Ya le dije que son más inteligentes que nosotros —contestó Lay—. Bien, Ktia, hay que poner el cadáver en el coche —añadió.

Lay subió al vehículo y manipuló unos momentos en el cuadro de mandos. Los *Zrinn* dejaron el cadáver en su asiento. A continuación, Lay presionó un botón y saltó al suelo, cerrando la portezuela con un manotazo, en el mismo instante en que el vehículo se ponía en movimiento.

—He programado la ruta para Faradayville —explicó—. El coche se detendrá por sí mismo en el primer semáforo.

Charlotte asintió. Sabía que los coches podían rodar con sólo programar una ruta determinada, con lo que el piloto podía descansar e incluso dormir, si lo deseaba.

—Pero la policía intervendrá...

Lay sonrió.

—Dudo mucho de que Wandee haga algo. Cuando se entere de la muerte de su esbirro, su único interés estará centrado en echar tierra al asunto.

—Ojalá sea como dice, Dave —deseó la muchacha.

—Así lo espero. A propósito, ¿qué tal las relaciones con sus *Zrinn?*

—¡Maravillosas! En cuanto les dirigí la palabra... Bueno, apenas empecé a tratarles como seres humanos, cambiaron totalmente. Me consideran ya su hermana, Dave.

—Lo celebro mucho —sonrió él.

—Ahora me siento infinitamente más tranquila y protegida. Duermo mejor, incluso, pese a mis preocupaciones.

—De orden financiero, supongo.

Ella asintió.

—No tengo preocupaciones de otra clase, Dave —contestó—. Pero si esto no se arregla pronto, temo que ni siquiera con la ayuda de Nvia y sus hermanos...

—¡Ah! ¡Sus hermanos *Zrinn* son de la rama Nvia!

—Sí, aunque no recuerdo todavía todos sus hombres. Son doce, Dave.

—Bueno, ya los aprenderá. En cuanto a sus problemas económicos, le daré un consejo.

—Espero poder aceptarlo —sonrió Charlotte.

—Aguante. Sea paciente. No venda, por mucho que le ofrezcan..., aunque tengo la sensación de que no le ofrecerán demasiado.

—No venderé, pero me parece que muy pronto tendré números rojos en mi cuenta con la *Marspace Energy* —se lamentó ella.

—Cuando llegue ese momento, avíseme.

Charlotte fijó la vista en el hombre que tenía frente a sí y presintió que podía confiar en él.

—Así lo haré —respondió.

* * *

Varios días más tarde, Charlotte llevó a la ciudad una carga variada de sus productos de la granja. Tuvo más éxito de lo que había esperado y consiguió recaudar unos noventa marcos, de los que setenta y cinco fueron inmediatamente a su cuenta bancaria.

Los quince restantes fueron destinados para la adquisición de algunas cosillas que necesitaba. Añadió una caja de cigarros para Lay y se dispuso a emprender el regreso.

Alguien se paró delante de ella, cuando salía de la tienda de Mulrooney.

—¿Cómo está, señorita Hogan?

Charlotte miró al sujeto situado frente a ella. Era un hombre alto, delgado, moreno, de nariz aguileña, aunque en aquellos momentos estaba oculta por la máscara de oxígeno.

—Bien, señor Lupo —contestó secamente.

—Deseo hablar con usted unos momentos —propuso el hombre—. ¿Por qué no tomamos una copa en el Phobos?

—Hable aquí —dijo Charlotte.

—¿Acaso piensa que el Phobos es un antro de perdición? —Lupo se echó a reír—. Si lo prefiere, pediremos café...

—De acuerdo. Vamos allá.

Momentos después, entraban en el local, sentándose en una mesa situada en un lugar discreto. Una rolliza camarera tomó nota del pedido y se alejó desganadamente.

—Hable, señor Lupo —invitó la muchacha.

—Quiero comprar su granja, señorita Hogan.

CAPITULO V

Charlotte guardó silencio hasta que la camarera trajo el café. En el mostrador, Marie contemplaba especulativamente a la muchacha y a su oponente.

—No —dijo Charlotte por fin.

—Cuatro mil marcos —ofreció Lupo.

—Puedo decir no en doscientos veintisiete Idiomas, incluidos los de Zrigamore, Asphax VI... Claro que, donde hay seres inteligentes, con mover la cabeza de izquierda a derecha es suficiente.

—Charlotte...

—*Señorita* Hogan, para usted —corrigió ella, fríamente.

—Está bien, señorita Hogan. ¿Sabe que no se encuentra en condiciones de ser irónica?

—No sea usted mi Catón censor, señor Lupo. Usted me ha hecho una proposición y yo le he dado una respuesta. Gracias por su café.

Charlotte se levantó y empezó a ponerse los guantes, que se había descalzado para tomar la taza sin estorbos.

—Su cuenta con la M. E. está al borde de los números rojos —dijo Lupo, con una amenaza, escasamente velada.

—Acabo de ingresar setenta y cinco marcos marcianos en mi cuenta del Banco. La computadora pasará ese informe hoy mismo a su empresa. Todavía puedo resistir seis semanas, por lo menos.

Lupo pareció sorprenderse.

—¿De dónde ha sacado el dinero? —preguntó.

—¿Acaso no conoce mi profesión? —se burló Charlotte—. ¿O va a ser tan mal pensado que cree que me gano la vida, incitando a los hombres a tomar copas en un mostrador?

Terminó de ponerse los guantes y ya se disponía a marcharse, cuando, de repente, pareció recordar algo.

—A propósito, ¿ha informado ya a los familiares de Hank Fuller? Una

horrible desgracia, ¿verdad? —dijo mordazmente.

Lupo se puso lívido. Pero ya no tenía tiempo de decir nada, porque la muchacha, al mismo tiempo que se ponía la máscara de oxígeno, estaba a punto de alcanzar la puerta del local.

—¡Tú, tráeme un doble! —rugió Lupo, un segundo después, dirigiéndose a la camarera más cercana.

Pero no fue la camarera quien le sirvió la copa, sino la propia directora. Marie Georges apoyó una mano en la mesa y la otra en una de sus ampulosas caderas.

—La chica tiene su genio, ¿eh? —comentó.

—Has estado escuchando —dijo Lupo rencorosamente.

—Esta mesa queda lejos del mostrador. Pero bastaba ver las caras de ambos, para conocer el contenido de la conversación —rió la mujer.

—No te metas en mis asuntos, Marie. Déjame en paz.

—Sí, claro, pero no te olvides que esa consumición vale dieciséis céntimos. Te perdono la propina, ¿sabes?

—En los últimos tiempos, has subido mucho los precios —se quejó Lupo.

—La culpa es de la *M. E.* También ha elevado sus tarifas de suministro de energía —respondió Marie desenvueltamente—. Y, a propósito, ¿por qué estáis empeñados en que emigre la gente de este planeta?

Lupo soltó una maldición. Apuró la copa de un par de tragos, puso unas monedas sobre la mesa y se levantó, para echar a andar hacia la salida a grandes zancadas.

Detrás de él, sonó una burlona carcajada. Lupo no volvió la cabeza.

* * *

En el fondo de aquel inmenso foso, Bill Tompkins trabajaba activamente.

Había montado un campamento, en el que había un gran automóvil, capaz de cargar varias toneladas y de arrastrar, además, un remolque de diez o doce toneladas. Su vivienda consistía en una tienda estanca, en la que guardaba las provisiones.

Parte de la carga consistía en una especie de entramado de viguetas de metal, con perforaciones a intervalos regulares, lo que le había servido para alzar una torre de algunos metros de altura. También tenía una pequeña grúa, acoplada a la zaga del automóvil, que utilizaba según las ocasiones.

No lejos de aquel lugar, cubiertos con una lona, había cinco cilindros de unos treinta centímetros de diámetro, por casi cuatro de largo. En la cabina del coche, prudentemente alejado de la torreta, había montado el cuadro de control de los cohetes.

Cuando terminó su tarea, Tompkins consultó su reloj. Fue a la tienda, calentó algo de comida y se echó a dormir, sin cambiarse de ropa.

El reloj de pulsera era también despertador y actuó a las cinco de la mañana. A esa hora, un granjero, situado a doce kilómetros al Nordeste, empezó a levantarse también.

Tompkins calentó un poco de café y lo sorbió rápidamente. Luego fue al coche y empezó a manipular en los controles del cohete. La distancia era de unos quinientos metros.

A los pocos minutos, el cohete ascendió raudamente en la atmósfera. Tompkins lo siguió con la vista, hasta que el proyectil se perdió en las alturas.

Entonces, volvió los ojos hacia la pantalla del radar. En el ángulo superior izquierdo, un punto luminoso se movía lentamente hacia la derecha.

A los pocos momentos, otro punto luminoso apareció en la parte baja de la pantalla, ascendiendo rápidamente. Tompkins contemplaba la escena ávidamente.

Los dos puntos parecieron ir a fundirse en uno solo. Pero el primero siguió su trayectoria, en tanto que el segundo, que señalaba el rumbo del cohete, acabó por desaparecer en la parte alta de la pantalla.

Tompkins maldijo profusamente.

Al cabo de unos momentos, se consoló.

—No podía esperar un blanco con el primer tiro —se dijo.

Y, sin más, se apeó del coche y empezó a manipular en los mecanismos de dirección de uno de los cohetes.

* * *

Desde la ventana de su cuarto de baño, Dave Lay divisó la línea roja que ascendía rectamente en el cielo y estuvo contemplándola hasta que desapareció de su visita.

Lay frunció el ceño.

¿Un cohete para lluvia?

Algunos granjeros los usaban en los primeros tiempos ¿fe su instalación en las áridas tierras de Marte. Era una actividad legítimamente permitida, aunque no muy frecuente. La mayoría usaban máquinas productoras de agua, a base del oxígeno y del hidrógeno contenidos en los elementos minerales del suelo.

No obstante, eran máquinas costosas y delicadas. Nunca faltaban los optimistas que cavaban pozos. Algunos, esmeraban el deshielo primaveral del casquete polar del planeta.

Para Lay, la cosa no ofrecía más que una duda: en aquella dirección y en más de cien kilómetros, no había ningún granjero establecido.

Después de desayunar, se equipó adecuadamente.

—Voy a salir. Tardaré una hora, quizá un poco más —dijo.

—Está bien —contestó Ktia.

Los *Zrinn* se encargarían del trabajo. Ramón Mara-ver había levantado una buena propiedad, pero se había cansado al fin de luchar contra los precios bajos y la presión de la *Marspace Energy*.

Subió al coche, dio el contacto, revisó el cuadro de mandos y pisó el pedal de arranque. El vehículo se puso en movimiento inmediatamente.

En el tablero, un pequeño radar de cortas distancias señalaba los obstáculos de cierta envergadura. A veces, Lay tenía que dar un rodeo para evitar algunas aglomeraciones de piedras, roídas por la erosión de la arena durante miles y miles de siglos.

Veinte minutos más tarde, alcanzó el borde del Gran Canal. Siguió paralelamente al mismo unos centenares de metros y, de pronto, divisó el campamento de Tompkins.

Paró el coche. Con la ayuda de los prismáticos, contempló los trabajos del sujeto.

Al cabo de unos minutos, hizo arrancar el vehículo nuevamente. La pendiente, aunque fuerte, permitía los movimientos del automóvil. Tompkins le vio y suspendió su trabajo en el acto.

Lay salió de la cabina estanca.

—¡Hola, amigo! —saludó.

—¿Qué tal? —dijo el otro—. Soy Bill Tompkins.

—Dave Lay —se presentó el joven—. ¿Va a establecerse por aquí?

—Eso es.

Lay miró a su alrededor.

—¿En el fondo del Gran Canal?

—Hombre, no; demasiado sé que es peligroso. Antes de seis semanas, empezará el deshielo y me ahogaría aquí. Pero es el mejor lugar para ensayar los tiros de mis cohetes para lluvias.

—¡Ah, con que es eso!

—Sí. Estoy haciendo pruebas. Además, el viento soplará durante estos días en dirección Sudeste. Mi granja quedará allá arriba, a un par de kilómetros del borde.

—Comprendo. —Lay sonrió bajo la máscara—. Yo vivo en la número ciento sesenta y cuatro, a unos veinte kilómetros hacia el Nordeste. Cuando quiera tomarse una taza de café, venga para allá.

—Quizá vaya —contestó Tompkins vagamente.

Lay agitó una mano y dio media vuelta. De pronto, giró en redondo.

—Si le hace falta algo más que café... —sugirió.

—Gracias, tengo de todo.

—Adiós.

—Adiós.

«Un tipo escasamente comunicativo... y en un lugar muy poco adecuado para lanzar cohetes provocadores de la lluvia», pensó.

Cuando regresó a su casa, se encontró con una agradable sorpresa.

—Me he permitido hacer café —sonrió Charlotte.

—Apruebo la idea entusiásticamente —contestó él—. ¿Qué tal marchan las cosas?

—Bien, y mal, Dave.

—A ver, explíquese.

Charlotte llenó las tazas.

—Vendí productos de la granja y obtuve algún dinero, para resistir algunas semanas más. Marco Lupo quiso comprarme luego la propiedad. Me negué. Se puso furioso.

—¿Precio?

—Cuatro mil.

—Yo pagué seis mil y pico. No ceda, Charlotte.

—En Faradayville hay menos gente cada vez. No comprendo por qué M. *E.* presiona para que aumente la emigración, pero, al mismo tiempo, tratan de comprar terrenos y propiedades. ¿Qué opina usted?

—No lo sé, pero yo también me siento preocupado.

—¿Usted? —se asombró ella—. Pero si acaba de llegar...

—No me refería a la M. *E.,* sino al tipo que está en el fondo del Gran Canal, lanzando cohetes para la lluvia.

—¿Algún nuevo granjero?

—Eso dice. Pero los cohetes son caros y no siempre seguros, aunque el porcentaje de acierto es de un ochenta por ciento.

—No es un porcentaje tan malo, Dave —observó Charlotte.

—Claro que no. Lo malo es un cohete que sigue su trayectoria y que no explota.

Ella respingó.

—Habrá fallado la espoleta —dijo.

—En este aspecto, son muy seguros. Aparte de la espoleta de tiempo, llevan dos más; la barométrica y la gravitométrica. Si la primera falla, actúa la segunda, debido a la diferencia de presión atmosférica entre el lugar donde se quiere provocar la lluvia y el suelo. Y si ésta rallase, la tercera haría explotar la carga explosiva, que desparrama por el cielo los productos químicos que originan la lluvia, debido al sensor medidor de la gravedad. Ya ve que el fallo es, prácticamente imposible.

Charlotte se sintió muy impresionada al escuchar aquellas palabras.

—Y usted dice que el cohete no explotó...

—Lo vi perderse en el espacio —insistió él.

—Bueno, a pesar de todo, pudo ocurrir que hubiese un fallo.

—No conviene descartarlo, por supuesto. De todos modos, me enteraré en Faradayville la próxima semana.

—¿De qué se va a enterar, Dave?

—Simplemente, si es cierto que Bill Tompkins ha comprado tierras para montar una granja en el lugar que me indicó. Después de lo que está ocurriendo, sería una locura, ¿no le parece?

Charlotte sonrió.

—Usted compró una granja, Dave —le recordó.

—Es distinto, porque ya estaba en funcionamiento. Pero la cosa cambia cuando es necesario empezar buscando agua para el suelo, que es la primera piedra de toda granja.

—Eso sí es cierto —convino la muchacha—. Así pues, recela de Tompkins.

—Lo lamento, pero he de contestar afirmativamente. ¿Por qué no me pone más café?

—¡Claro! —sonrió ella—. En su opinión, ¿qué es lo que sospecha de Tompkins?

—Nada bueno, aunque tampoco pueda afirmar nada malo de él. Pero no me gusta, Charlotte.

—Presentimientos, ¿eh?

—Si prefiere llamarlo así, es cierto.

—Dave, usted parece entendido. En su opinión, ¿qué procedimiento es el mejor para tener agua en la granja

Lay sonrió.

—Lo mejor sería disponer de un buen pozo —respondió—. Pero ya sabe, es preciso emplear esa máquina costosa no sólo en su precio, sino en su consumo de energía. Si, al menos, el Gran Canal llevase agua todo el año...

Charlotte entornó los ojos.

—La temporada de deshielo es relativamente corta —manifestó—. Por otro lado, la corriente es muy poderosa y arrastraría el tubo de la bomba que se sumergiese en el agua. Aparte de que se necesitarían kilómetros de tubería, claro.

—No son obstáculos mayores. Charlotte, ¿ha visto usted alguna vez lleno el Gran Canal?

—Un par de veces y, créame, es un espectáculo fantástico. En cierta ocasión, incluso, tuve que salir disparada, porque las aguas estaban a punto de rebosar.

Lay suspiró,

—Si se pudiera levantar una presa... Pero son más de diez kilómetros de anchura y su altura no bajaría de cuatrocientos metros... El espesor, para resistir la presión del agua, tendría que ser enorme.

—En Marte no hay dinero ni porvenir para semejante obra faraónica —manifestó ella—. Tendremos que conformarnos con lo que hay... y aguantar lo preciso, para no emigrar.

Charlotte suspiró antes de concluir:

—Y, al paso que van las cosas, no me va a quedar otro remedio que emigrar.

CAPITULO VI

En los días siguientes, Tompkins lanzó dos cohetes más.

Lay no los vio, pero fue informado de ello por Ktia. Al transcurrir la semana del primer lanzamiento, Lay subió al coche y se encaminó a Faradayville, donde realizó diversas gestiones.

Cerca del mediodía, entró en el Phobos. Los azules ojos de Marie brillaron al verle.

—Bien venido —saludó cálidamente—. ¿Qué te apetece?

—Tú —contestó él sin remilgos.

Marie entornó los párpados.

—Vas directo al grano —comentó.

—Tengo que hablar contigo. A solas.

—Está bien...

De repente, alguien se acercó al mostrador.

—¿Lay?

El joven se volvió.

—¡Hola, jefe Vroots —saludó, cortés.

—Quiero hacerle algunas preguntas. No seré pesado, se lo aseguro.

—Estoy a su disposición. ¿Una copa? Sírvele, Marie.

—Sí, Dave.

Los ojos de Vroots eran redondos, con pupilas oscuras, como bolas de acero.

—El otro día llegó aquí un coche, con un cadáver. En el cuerpo del difunto había tres balas.

—Sí, oigo las noticias, jefe.

Marie llenó las copas. Sentíase algo nerviosa y derramó un poco de licor.

—¡Hemos estudiado la programadora de rumbos del coche. Estuvo en las proximidades de la granja número ciento sesenta y cuatro. La suya, Lay.

El joven tomó un sorbo.

—Jefe, cualquiera, con medianos conocimientos^ puede falsear los datos de la cinta de esa maquinita —contestó—. Observe usted que el coche no llegó hasta mi granja. Creo haber oído que se paró a dos kilómetros, ¿no?

—Es verdad —admitió Vroots.

—Alguien mató a ese individuo y quiere cargarme el mochuelo.

—Sólo quería saber si usted puede facilitarme alguna pista...

—No vi ni escuché nada —mintió Lay, descaradamente.

Vroots sonrió.

—Gracias por su cooperación —se despidió.

—Esto no me gusta, Dave —dijo Marie, cuando el jefe de policía se hubo marchado—. ¿Qué tienes que ver tú con el asunto?

Lay no contestó. Otro hombre se acercaba al mostrador.

—Me llamo Lupo —se presentó—. Usted es Dave Lay, creo.

—En efecto, señor Lupo. Marie, sírvele algo..

—No, gracias —rechazó, cortés, el ofrecimiento—. Señor Lay, trabajo para la *Marspace Energy.* Deseo hacerle una oferta de compra por su granja.

Lay sonrió.

—¿Por qué no se lo propuso a Maraver? —preguntó.

—Usted llegó antes —sonrió Lupo—. Le ofrezco siete mil, un pasaje para el lugar que quiera, aunque sea a Alfa Centauro, más quinientos, por compensación de gastos realizados.

—Una buena oferta, señor Lupo —reconoció el joven—. Pero Marte me gusta y voy a seguir aquí.

—Imaginé su respuesta. Un hombre no compra una granja para venderla a las dos semanas. Ha sido un placer, señor Lay.

—Lo mismo digo, señor Lupo.

El hombre se marchó.

—Es curioso. ¿Por qué no se ha engallado y te ha amenazado, como hizo con Charlotte Hogan? —exclamó Marie.

Lay se colgó de los labios un cigarrillo desnicotizado.

—Lupo es lo bastante listo para saber dónde, cómo y a quién puede intimidar —conteste-—. Pero, si mal no recuerdo, te había pedido una entrevista a solas, preciosa.

Marie se despegó del mostrador.

—Vamos —sonrió.

Momentos después, a solas, Marie le hizo una pregunta:

—¿De qué va a tratar nuestra conversación, Dave?

—Es bien sencillo. ¿Conoces a un tal Bill Tompkins?

—Algo me suena, pero no recuerdo...

—Tendrás que recordar en los próximos días, Marie.

—De acuerdo. ¿Qué más?

Lay puso los brazos en torno a la cintura de la mujer.

—Ahora vamos a hablar de nosotros mismos —dijo—. Aunque me parece que emplearemos muy pocas palabras.

—Ninguna —convino ella ardientemente.

* * *

El coche rodaba a buena velocidad. Lay se sentía bastante satisfecho, aunque esperaba sentirse más en los próximos días. Marie era una buena amiga, a quien conocía de años atrás, y haría todo lo posible por adquirir información sobre Tompkins.

Una cosa, sin embargo, era segura: Tompkins, en efecto, había adquirido unos terrenos en el lugar donde decía iba a instalar su granja. Pero ¿por qué no había comprado, siquiera, una triste pala?

De repente, cuando más distraído estaba, oyó una fuerte detonación.

El coche se ladeó bruscamente, vacía de aire una de sus ruedas. Los mecanismos automáticos entraron en funcionamiento de inmediato, provocando la acción de los frenos.

—Vaya, un maldito reventón...

Otro neumático estalló fragorosamente. En la cabina, delante de su cara, apareció de repente un agujerito estrellado.

En una fracción de segundo, Lay comprendió lo que ocurría. La cabina era lo suficientemente amplia para tirarse al suelo y eludir así la salva de balas que llevó instantes después.

Las dos ruedas restantes explotaron fragorosamente. Varios proyectiles alcanzaron el motor. El aire de la cabina escapaba rápidamente por los orificios que habían abierto las balas.

Lay se puso la máscara inmediatamente. Entonces, maldijo su imprevisión, porque no había acordado de renovar la provisión. En Faradayville se había movido mucho por el exterior y la botella de oxígeno estaba menos que mediada.

De momento, sin embargo, lo importante era salvar la vida. Pudo darse cuenta de que los proyectiles llegaban, en general, de una misma dirección, y saltó al suelo por el lado opuesto.

El coche yacía en el suelo, sobre sus enormes ruedas, ahora deshinchadas. Parecía un viejo elefante, esperando la muerte en la inmovilidad.

Por fortuna, tenía la pistola. Pero sus atacantes usaban rifles.

Esperó, agazapado, esforzándose en hacer lentas inspiraciones, a fin de ahorrar oxígeno. Una terrible descarga hizo volar en pedazos la mayoría de los instrumentos.

Lay maldijo entre dientes. La radio estaba destruida, seguro. Y, ¿cómo diablos iba a pedir socorro, con la granja todavía a unos ochenta kilómetros?

De repente, oyó gritos en las inmediaciones.

—¡Al otro lado!

Lay se tumbó en el suelo. Un hombre apareció de pronto ante su vista.

El sujeto titubeó, aunque estaba armado con un rifle. Lay hizo fuego y el hombre cayó.

Sonaron algunos disparos más. Lay se arrastró por el suelo, guareciéndose bajo el inmóvil armatoste que era ahora su coche.

Alguien dio una orden:

—¡Basta ya; ése está listo!

Lay reconoció la voz, a pesar de la distorsión originada por la máscara de oxígeno.

«En cuanto pueda, le machacaré las narices», se propuso mentalmente.

Dos o tres individuos aparecieron corriendo. Uno disparaba su rifle. Los otros dos, sin detenerse, agarraron al muerto por los pies y se lo llevaron a rastras.

Lay no quiso molestarles; incluso le convenía que se marchasen. A fin de cuentas, su provisión de cartuchos era limitada y los otros disponían de rifles, probablemente con grandes cantidades de munición.

Instantes más tarde, divisó un coche que se alejaba a toda velocidad en dirección a Faradayville. Entonces abandonó su posición.

El muerto sería enterrado bajo alguna duna arenosa. Ninguno de los que escapaban diría una sola palabra de la refriega.

Tampoco le mencionarían a él.

Simplemente, le daban por muerto.

Ochenta kilómetros a la granja y unos sesenta a Faradayville.

Llena, la botella de oxígeno podía durarle de seis a ocho horas. Pero un hombre normal, aunque poseyese su fortaleza, no podía cubrir la menor de las distancias sin sentarse a descansar periódicamente.

Y mientras descansaba, también tendría que respirar oxígeno.

En la botella había menos de la mitad de su contenido. Escatimándolo en lo posible, lo haría durar cuatro horas... a condición de no hacer ningún ejercicio. Porque la marcha a pie, le haría consumir más oxígeno.

Buscando la última esperanza, subió al coche. Sus ilusiones se disiparon de inmediato.

La radio, todos los sistemas de alarma, incluso los cohetes de señales, estaban completamente inutilizados.

* * *

Alguien entró en el dormitorio. Charlotte se había dormido hacía media hora escasa y no se percató de la presencia del intruso, hasta que una mano rozó el brazo que asomaba fuera del embozo de las sábanas.

—Charlotte.

La joven se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con la ropa. Atónita, divisó a Nvia a su lado.

—¡Nvia! —exclamó, atónita—. ¿Qué haces aquí?

Aunque sabía que ciertos asuntos no tenían importancia para los *Zrinn,* no podía olvidar que eran seres humanos y mantenía las sábanas fuertemente oprimidas contra el pecho.

—El hermano de Ktia corre peligro —dijo el *Zrinn.*

—¿El hermano de...? ¿Cuál de ellos?

—Dave.

—¡Oh! —Esta vez, Charlotte ya no se preocupó del corto camisón que cubría su bien formado cuerpo y saltó en el acto de la cama—. ¿Qué pasa, Nvia? —preguntó.

—Ktia me ha llamado. Dave está en peligro. Tienes que ir a su granja. Ktia te guiará.

Charlotte empezó a vestirse a toda prisa.

—¿Por qué no ha llamado por radio? —inquirió.

—Dave no está en la granja.

«Ciertamente, no son muy locuaces», pensó la muchacha. O era que, pese a todo, aún no había sabido ganarse enteramente su confianza de los *Zrinn.*

Minutos después, Charlotte estaba completamente equipada. Antes de salir, se encaró con el hombrecillo.

—Nvia, ¿ha llamado Ktia por radio?

—No.

Charlotte asintió. Los *Zrinn* habían empleado la telepatía.

—Vendrás conmigo, supongo —dijo, mientras agarraba un pesado rifle automático.

—Ktia irá. Te espera en la granja de su hermano Dave.

La joven ya no quiso seguir escuchando. Minutos después, avanzaba a toda velocidad por la llanura, con los focos completamente encendidos.

Un cuarto de hora más tarde, vio una oscura figurita parada en su camino. Charlotte abrió la portezuela de la cabina.

—Arriba, Ktia.

El *Zrinn* trepó con una agilidad que la dejó pasmada.

—Sigue, yo te guiaré —indicó.

El coche arrancó de nuevo.

—Ktia, me gustaría saber qué le pasa a Dave —dijo ella a poco.

—Está en peligro.

—¿Muy lejos?

Ktia hizo un gesto ambiguo.

—Yo te guiaré —insistió.

Ella guardó silencio. De nada serviría hacer más preguntas al *Zrinn.* Probablemente, pensó, Ktia había captado pensamientos de Dave. Pero eso era algo que el *Zrinn* no quería explicar con demasiada claridad.

Los *Zrinn* eran buenos, aunque un poco extraños en su comportamiento. Seguramente, se debía a su idiosincrasia y de nada servía darle al asunto más vueltas en la cabeza.

Ktia ocupó uno de los asientos y el automóvil partió de inmediato. Pese a todos los esfuerzos, Charlotte no pudo arrancarle una velocidad superior a los cincuenta kilómetros por hora y aun así, corriendo riesgos con los que no se habría enfrentado en circunstancias normales.

En la orilla del Gran Canal, provisto de un potente telescopio binocular, Bill Tompkins espiaba la marcha del vehículo. Le extrañó que fuese Charlotte a bordo y más todavía que la muchacha estuviese acompañada de uno de aquellos monitos que eran, ordinariamente, empleados como peones agrícolas.

Pero las luces interiores de la cabina, aun siendo muy débiles, no permitían lugar a engaño. Tompkins decidió que alguien debía tener conocimiento de lo que sucedía y emprendió de nuevo el descenso a su campamento.

CAPITULO VII

Los potentes focos del vehículo iluminaron una escena que causó una terrible impresión en Charlotte. La muchacha, no obstante, consiguió mantener la serenidad, a fin de realizar las maniobras de aproximación al vehículo destruido.

Instantes después, saltaba al suelo en unión de Ktia.

—¡No está aquí! —exclamó. .

Una masa se movió por debajo del coche destruido, arrastrándose hasta llegar a terreno descubierto.

—Me queda ya muy poco oxígeno —declaró Lay.

—¡Dave! —gritó ella.

Lay se encaminó hacia el automóvil de Charlotte. Ella y Ktia le siguieron de inmediato.

Momentos después, en una cabina estanca, Lay podía quitarse la máscara de oxígeno.

—Apenas si me queda gas para diez minutos —dijo—. Ktia, gracias —añadió sobriamente.

—Eres mi hermano —contestó el *Zrinn* con no menor laconismo.

Charlotte miraba con asombro a uno y otro.

—Ktia llamó a Nvia...

—Yo pensé que Ktia quizá podía ayudarme y concentré los esfuerzos de mi mente en la suya. El único peligro era que Ktia durmiera profundamente —explicó Lay sonriendo, a la vez que sacaba del bolsillo de su chaquetón un frasquito de metal—. ¡Uf, las ganas que tenía de tomar un traguito!

Bebió un par de sorbos y pasó el frasco a Ktia, quien se humedeció los labios. Ktia, a su vez, pasó el recipiente a la muchacha. Ella denegó con la cabeza.

—Ahora, no, gracias —dijo—. Salí de casa tan rápidamente, que no se me ocurrió siquiera preparar un termo con café caliente. Pero ¿qué ocurrió, Dave?

—Me reventaron las ruedas a tiros y me destrozaron la mayoría de los

instrumentos y motores auxiliares. Tuve que matar a uno, pero el tipo me apuntaba ya con un fusil. Los demás escaparon.

Charlotte se sentía atónita.

—Una emboscada —exclamó.

—Dirigida por Lupo. Reconocí su voz.

—Pero no podría probarlo...

—Charlotte, cuando oí a Lupo dar órdenes, yo estaba muy ocupado en salvar mi pellejo. Como puede comprender, no vine provisto de una cámara fotográfica.

—Sí, comprendo. Y no intentó salvarse a pie...

—En Faradayville se me olvidó reponer el oxígeno consumido en mi botella individual y cuando sufrí el ataque estaba menos que mediada. Pero aun hallándose llena, no habría podido cubrir la distancia a pie, entre este lugar y la ciudad, y mucho menos todavía hubiera podido volver a la granja.

—Y por eso se tumbó a esperar.

—Sabía que Ktia haría algo. Yo no soy telépata, pero él puede captar ciertos pensamientos, al menos, los de un amigo en peligro.

—Hermano —corrigió el *Zrinn,* gravemente.

—Te ruego me disculpes, hermano —dijo Lay.

—Nvia me despertó, diciéndome que Ktia le avisaba de un grave peligro para usted —explicó Charlotte.

—En mis hermanos confiaba y no me han defraudado. —Lay sonrió—. Pero ya empezaba a quedarme tieso de frío. Con su permiso...

Lay bebió otro trago. Ktia le imitó. Luego, el *Zrinn* chasqueó la lengua.

—Está bueno —dijo, ante el pasmo de la muchacha.

Charlotte procuró reaccionar.

—Dave, ¿qué hará ahora? —preguntó.

—No tengo coche, de modo que deberé pedirle prestado el suyo dentro de un

par de días. El doce llega mi socio y he de salir a recibirle al astropuerto —respondió él.

—Use mi vehículo todo lo que precise...

—Pasado mañana me compraré otro. Usted puede acompañarme, para conducir el suyo a la vuelta.

—Sí, es una excelente idea.

La conversación se desarrollaba mientras el coche rodaba de nuevo hacia las granjas. De repente, Charlotte hizo una pregunta:

—Dave, ¿qué habría sucedido si usted hubiese muerto?

La mano del joven se movió en un amplio semicírculo.

—La arena hubiera ocultado todo rastro del crimen. Y, ¿quién sentiría interés por averiguar mi paradero?

Charlotte estuvo a punto de contestar: *Yo,* pero guardó silencio sin saber por qué.

—Otra pregunta —dijo a poco.

—Sí, Charlotte.

—¿Qué piensa hacer cuando vea a Lupo?

—Dejarle la cara plana —contestó él sin vacilar.

* * *

En la cara de Marco Lupo no había señales de golpes a la mañana siguiente, cuando se enfrentó con Craig Wandee en el despacho de éste. Wandee fue informado de la situación y luego cubrió de insultos a Lupo.

—¡Hicimos lo que pudimos! —protestó Ludo a voz en cuello—. El automóvil quedó destrozado. El no podía cubrir a pie la distancia hasta la ciudad y tenía que morir por falta de oxígeno. ¿Cómo podía saber yo que Charlotte Hogan acudiría a socorrerle?

—Su radio quedó en servicio...

—No llamó a la chica por radio —dijo Lupo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bill estaba al tanto y habría captado el *S.O.S.* Y no oyó nada.

—Entonces, ¿cómo diablos fue ella a socorrerle?

—Bill dice que iba acompañada por uno de esos monitos. Es todo lo que sé... y ¿qué diablos quiere, que le pegue dos tiros en medio de la ciudad? Caramba, Vroots es complaciente, pero hay cosas que ni con una ayuda semejante se pueden hacer.

Wandee lanzó una interjección entre dientes.

—Lo peor no son tus fracasos, sino los de Bill —rezongó—. Lleva ya cuatro cohetes y todavía no ha logrado un blanco.

—Ese no le daría con una escopeta de caza, a un barril situado a un palmo de sus narices, cuanto más a un blanco situado a cientos de kilómetros de distancia —dijo Lupo, despectivamente.

—Es el mejor...

—Hasta ahora, no lo ha demostrado. De todos modos, puede que le dé la ocasión de demostrarlo —exclamó Lupo repentinamente.

—¿Cómo? —preguntó Wandee, lleno de interés.

—Voy a regalarle un par de cohetes... pero luego le pasaré a usted la factura. —Lupo sonrió de un modo especial—. Esto es algo que debiera habérseme ocurrido antes, pero aún hay tiempo de remediar ciertos olvidos.

* * *

La gente que estaba en el astropuerto contempló, con enorme asombro, la descarga de la astronave recién llegada de la Tierra. Charlotte figuraba entre los espectadores y no se sintió menos atónita al ver la serie de gigantescos vagones de seis ruedas, que la grúa descendía al nivel del suelo.

Los vagones eran seis, en total, y cada uno medía catorce metros de largo, por cuatro de anchura y cinco de altura. Con las ruedas, el tejado quedaba a casi siete metros del suelo.

Un individuo enorme, de barba rojiza y brazos como troncos de olivo, dirigía las operaciones de descarga. Situado tras la sala de espera, Lay fumaba apaciblemente un cigarro, junto a Charlotte.

—De modo que ése es su socio —dijo ella.

—Jake Walnut —sonrió Lay—. Un buen chico, créame, y con una gran fantasía, pero, lo que es mejor todavía, una colosal habilidad para poner en práctica las ideas que le sugiere esa fantasía.

Otro vehículo fue descargado. Era un tractor de dimensiones colosales, con seis pares de ruedas, todas motrices. Los vagones estaban situados ya en fila, enganchados unos a otros, y el tractor se situó delante del primero.

Walnut firmó unos documentos al oficial de servicio en el astropuerto. Luego subió a la cabina del tractor, situada a cuatro metros y medio del suelo, conectó el encendido, revisó los mandos y, sin más, dio al arranque.

El tren se puso en movimiento inmediatamente. Lay agarró el brazo de la muchacha.

—Vamos —dijo simplemente.

Habían ido al astropuerto en el automóvil de la muchacha. Subieron al vehículo y se situaron en la ruta del extraño tren recién desembarcado.

Desde la cabina, Lay hizo señas con la mano. Walnut contestó con un ademán análogo. Luego habló por la radio.

—Tengo sed, socio.

Lay se echó a reír.

—Ya te diré dónde debes parar, Jake —contestó.

El tren, lógicamente, se movía con lentitud. Su velocidad no pasaba de veinte kilómetros a la hora y ello en un trozo sin obstáculos. Dado que el astropuerto se hallaba a unos diez kilómetros de Faradayville, tardaron treinta minutos en detenerse ante el Phobos.

—Charlotte, yo me quedó aquí —manifestó el joven—. Usted puede volverse. Si siente curiosidad, venga mañana por la granja.

Ella rió alegremente.

—¿Cómo que si siento.,.? ¡Me muero de curiosidad, Dave!

—Entonces, mañana tendrá todas las explicaciones que desee.

Lay saltó al suelo. Walnut lo hacía en aquel momento. El colosal convoy, de

casi cien metros de largo, ocupaba una buena extensión de la calle. Por fortuna, la anchura de ésta no impedía que otros vehículos pudieran circular sin dificultades.

Los dos amigos entraron en el local. Walnut se quitó la máscara de oxígeno. Parpadeó al ver a Marie.

—¡Cielos, qué hermosura! —exclamó.

—Dave, ¿de dónde has sacado a este vikingo? —preguntó ella.

Walnut se apoderó, sin remilgos, de una de las manos de Marie.

—Ángel mío, si está casada, mataré a su esposo —dijo—. Porque, a partir de este momento, usted es la mujer de mi vida.

Marie volvió los ojos hacia el joven.

—Anda, cómprale una camisa de fuerza...

Lay se echó a reír,

—Es su carácter, no le hagas demasiado caso. Anda, pon tres copas —pidió.

Charlaron durante unos minutos. De pronto, un hombre se acercó al trío.

—¿Quién es el dueño de esos vagones que hay ahí afuera?

Walnut se volvió. Lay se apresuró a dar la respuesta:

—Son míos, jefe Vroots. Le presento a mi amigo, Jake Walnut. Jake, el señor Vroots, jefe de policía de Faradayville.

—¡Hola, jefe! —saludó Walnut.

—Ese tren obstaculiza la circulación —gruñó Vroots.

—Nos iremos en seguida, no se preocupe —dijo el joven.

—Siendo así... Por cierto, ¿qué contienen los vagones?

—Ahora está desmontada. Cuando funcione, será una fábrica de rosquillas —contestó Walnut.

Marie ahogó una carcajada. La cara de Vroots se puso roja.

—Se burla de mí, ¿eh? —rezongó.

—Jefe, si quiere conocer el contenido de los vagones, vaya al astropuerto y pida una copia del manifiesto de embarque —respondió Lay—. ¡Anda, Jake, vámonos!

—Sí, será lo mejor —convino el gigante pelirrojo. Se volvió hacia Marie—. Ángel, cuando haya montado la fábrica, vendré a pedir tu mano. Si te niegas, te raptaré.

—Entonces, no te olvides del caballo —dijo ella, riendo.

Los dos amigos se dirigieron hacia la salida. De pronto, tres o cuatro hombres entraron en el local.

Lupo iba a la cabeza. Vio a Lay y vaciló un instante.

Lay se acordó de su promesa, pero prefirió no provocar ningún incidente por el momento. Miró a Lupo y éste enrojeció con violencia.

No hubo palabras entre los dos hombres. Momentos después, Lay y Walnut estaban en la calle.

De pronto, Lay tuvo un presentimiento.

—Anda, Jake, empieza a caminar; te alcanzaré antes de que el último vagón haya salido de la ciudad.

—Está bien.

Minutos más tarde, Lay trepaba a la cabina del tractor, que no había detenido su marcha, con una caja alargada entre las manos.

—¿Qué llevas ahí, Dave? —preguntó Walnut.

—Un espantamoscas, Jake.

—¡Oh! —dijo el pelirrojo—. ¿Hay muchas moscas?

—Puede que nos tropecemos alguna en el camino. —Lay meditó unos instantes y luego hizo una pregunta a su amigo—: ¿Es cierto que este cacharro tiene una salida superior para revisar la parte alta de los generadores?

—Así es —confirmó Walnut.

CAPITULO VIII

La programadora de rumbos del tractor seguía fielmente el marcado por Dave. En su cómoda butaca, Walnut dormitaba apaciblemente. Lay, en cambio, tenía los ojos muy bien abiertos.

Llevaban ya varias horas de camino. El tractor era de gran potencia, pero poco veloz. Por tanto, tenía ciertas instalaciones de que carecían vehículos más pequeños, ya que, en ocasiones, los viajes duraban días enteros.

Lay preparó café en el departamento posterior. Al fondo, una escalera de peldaños verticales conducía a la trampilla que permitía salir al techo, desde donde se podían abrir otras, cuando era necesaria la revisión de determinadas partes de los generadores de fuerza. Tomó un poco de café y volvió a la cabina, enorme, con gran visibilidad. De repente, le pareció ver un movimiento a lo lejos, entre las dunas situadas a unos trescientos metros a la derecha de la ruta que seguían.

—Despierta, Jake —llamó—. Creo que hay algunas moscas.

Walnut se despabiló instantáneamente.

—¿Qué hago, Dave?

—¡Para! —ordenó Lay, mientras abría la caja alargada que había traído consigo, en el momento de abandonar Faradayville.

Inmediatamente, retrocedió hasta el compartimento posterior. Subió por la escalera, levantó la trampilla y preparó el rifle con mira televisora que había comprado en el almacén de Mulrooney.

Casi en el mismo instante, estallaron dos disparos en el lugar sospechoso. Los proyectiles levantaron chorros de arena delante de las ruedas delanteras del tractor, que se detenía poco a poco.

Walnut se agachó. Arriba, en el techo, Lay esperó a que el traqueteo del vehículo hubiera cesado.

Debajo de él sonó un estampido. Una de las ruedas acababa de ser perforada.

Lay apuntó con todo cuidado. Tras las rocas que coronaban un montículo de arena, se divisaban dos cabezas.

La primera de ellas explotó sangrientamente cuando el primer proyectil de

respuesta alcanzó su blanco. Manny Rowe lanzó una terrible interjección.

Su acompañante rodaba por la ladera de la duna. Rowe vaciló.

De repente, sintió un terrible dolor en el pecho. El impacto lo hizo saltar un poco. Luego quedó en el suelo, completamente sin fuerzas.

Sabía que se moría. Empezó a gemir y a maldecir a quienes le habían colocado en aquella situación. Durante unos momentos, perdió la noción del tiempo.

De pronto, con los ojos turbios, vio dos figuras humanas delante de él.

Lay se inclinó y arrancó su máscara, colocándosela segundos más tarde,

—¿Lo conoces, Dave? —preguntó Walnut.

—Sí, es un tal Rowe. Manny, su terquedad le ha puesto en esta situación. Está muriéndose.

Rowe quiso decir algo, pero la sangre inundaba el interior de su máscara. Los ojos de Lay fueron hacia el sujeto que yacía al pie de la duna.

—Tendremos que enterrarlos, Jake —dijo.

—Está bien pero, ¿por qué no le preguntas algo a ese tipo? Todavía está vivo...

—¿Para qué? No podría decirme más de lo que ya sé y nuestra posible acusación no prosperaría.

—Ellos pueden acusarnos...

—Tienen las mismas pruebas contra nosotros que nosotros contra ellos.

Era una respuesta llena de lógica y Walnut lo comprendió así.

Más tarde, cuando hubieron terminado la macabra tarea, preguntó:

—¿Qué harás con su automóvil?

—Puede rodar miles de kilómetros, antes de estropearse o caer por algún barranco —contestó Lay.

Subió al vehículo, fijó el rumbo hacia el Oeste, lo puso en marcha y saltó al suelo.

—Tardarán, si es que lo intentan, en encontrar los cadáveres. En cuanto al coche, se perderá en los desiertos que hay al otro lado del Gran Canal.

El viaje hasta la granja, tras reparar la rueda, a una velocidad que, en ocasiones, no había pasado de los diez kilómetros por hora, costó unas doce horas. Los dos amigos descansaron y, al día siguiente, muy temprano, iniciaron el trabajo.

* * *

Los seis vagones estaban en dos hileras paralelas, de a tres cada una, funcionando activamente, por medio de los generadores del tractor. Parte de las cubiertas de los vagones habían sido quitadas. El conjunto se hallaba bajo una cúpula de las dimensiones necesarias, para trabajar sin incomodidades.

Charlotte llegó y contempló atónita el conjunto. Lay vio a la muchacha y salió a recibirla, después de haberse equipado convenientemente.

—Pero ¿qué es todo eso? —preguntó ella, muy intrigada.

Lay sonrió, a la vez que le enseñaba una tira de material flexible y transparente, de varios metros de largo por unos cinco o seis centímetros de ancho y poco más gruesa que un papel corriente.

—Estamos haciendo las primeras pruebas —dijo—. ¿Quiere ver los resultados?

—Me gustaría —contestó Charlotte, dándose cuenta de que Walnut estaba trabajando bajo la cúpula, ayudado por Ktia y un par de *Zrinn* más.

—Entonces, ahora lo sabrá.

Lay desenrolló la tira y ató uno de los extremos al gancho de remolque del automóvil. El otro extremo, a unos veinticinco metros, quedó sujeto a una roca que asomaba metro y medio del suelo y que tenía la forma de un monolito de contornos redondeados.

—Ponga en marcha su automóvil, Charlotte —dijo él.

La joven trepó de nuevo a la cabina. Dio el contacto y pisó el acelerador a fondo.

Las ruedas propulsoras levantaron enormes chorros de arena, pero la tira resistió perfectamente el enorme esfuerzo de tracción. Cuando Charlotte se dio cuenta de que todos los esfuerzos resultarían inútiles, paró el motor y saltó

al suelo.

—Ese material tiene una resistencia increíble —dijo.

Lay sonrió.

—Es una fórmula de mi amigo Jake —manifestó.

—Me lo imagino, pero ¿de dónde sacan las materias primas?

—Del suelo, como sacamos también el agua y el oxígeno.

Ella le miró estupefacta.

—Las primeras pruebas, como ha podido ver, no pueden resultar más satisfactorias. Pero la fórmula no está completa todavía. Jake asegura que aún puede conseguir un cuarenta por ciento más de resistencia.

—No entiendo para qué quieren fabricar tiras de plástico de gran resistencia...

—Cúpulas, Charlotte.

—¡Las venden en Faradayville, Dave!

—¿Venden cúpulas de diez kilómetros de largo, tres de anchura y cuatrocientos metros de altura?

—¡Oh, cielos! —exclamó ella, al comprender súbitamente—. Oiga, una cúpula de esas dimensiones... cubrirá una superficie de treinta kilómetros cuadrados.

—Esperamos conseguir cúpulas aún mayores. Ahora, ¿se imagina lo que se puede conseguir del suelo, bajo una de esas cúpulas?

—Me mareo —gimió ella.

—Sí, tiene motivos —sonrió Lay.

Durante unos segundos, Charlotte procuró digerir la sensacional noticia. ¿Qué sucedería en Marte cuando se supiese que iba a ser posible vivir bajo cúpulas que cubrirían, por lo menos, treinta kilómetros cuadrados?

—No obstante, hay un problema —dijo al cabo.

—¿Cuál?

—Agua.

—La obtendremos.

—¿Del subsuelo?

—Tal vez intentemos perforaciones a gran profundidad. De todos modos, aún habrá de pasar tiempo antes de que sintamos esa necesidad.

—En su lugar, yo procuraría construir un acueducto hasta el Gran Canal. El deshielo ya se ha iniciado. Ayer hice un viaje hasta la orilla y vi los primeros regueros de agua.

—Quizá al año que viene, pero recuerde que el agua sólo dura dos meses.

—Construya grandes tanques, hombre. Ese material inventado por su amigo, podría servir para situar tanques con capacidad para miles de metros cúbicos. Herméticamente cerrados, no habría evaporación...

—Pero sí peligro de corrupción del agua. De todos modos, insisto, éste no es problema preocupante por el momento.

De pronto, Charlotte vio algo que le hizo lanzar una exclamación:

—¡Dave, viene un coche!

* * *

El conductor del vehículo era amigó. Marie Georges saltó al suelo y se puso las manos en los riñones.

—Vengo molida —se quejó.

—No estás acostumbrada a viajar tan lejos —sonrió Lay—. ¿Quieres tomar algo?

—Espera, tengo algo importante que deciros...

Bajo la cúpula, Walnut hacía señas con las manos.

—Jake quiere que entremos —dijo el joven.

Atravesaron la compuerta, bajo la cual podían moverse con normalidad, sin máscara ni ropas de abrigo.

—Ángel —dijo Walnut, apoderándose de las manos de la rubia.

—Está loco por ti, Marie —rió Lay.

Charlotte sonreía discretamente. Marie estaba sonrojada.

—Será mejor que nos dejemos ahora de tonterías —dijo, picada—. Hay algo que creo que debes saber sin demora, Dave.

—No entiendo... ¿Qué es lo que sucede?

—Las deducciones son cosa tuya. Me enteré ayer por casualidad y no he podido dormir apenas, hasta que pensé que lo mejor sería decírtelo de viva voz. Ni siquiera me atreví a utilizar la radio, Dave.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? —exclamó el joven, muy intrigado.

—Ayer regresaron a la ciudad una docena de hombres. Conocía a unos cuantos y llegué a creer que habían emigrado. Resulta que no es así; han estado trabajando en algo durante varios meses, muy duro. No sé qué es, pero su campamento estaba en el extremo occidental de los Montes Wellington, junto a la orilla del Gran Canal. También pude averiguar que era cosa de la *M. E.,* pero ya no pude conseguir más detalles.

Lay frunció el ceño.

—Será cosa de acercarse a investigar —dijo—. Pero no ahora; tenemos mucho trabajo...

—Demasiado trabajo —rezongó Walnut—. Sin embargo, me gustaría hacerlo sin preocupaciones.

—Jake, lo mejor será qué terminemos la primera etapa de pruebas, que nos durará una semana —dijo Lay, sensatamente—. Después, examinaremos ese lugar junto al Gran Canal. Mientras tanto, ¿por qué no vamos a tomar un poco der café en la casa?

La proposición fue aceptada. Ninguno de los cuatro se había dado cuenta del cohete que subía rápidamente hacia el cielo de Marte.

En su campamento, Bill Tompkins tenía la vista fija en la pantalla de radar y ahora estaba seguro de que, por fin, su tiro iba a dar en el blanco.

CAPITULO IX

Dentro de la casa reinaba una excelente temperatura y las ropas de abrigo estorbaban. Charlotte fue a la cocina y puso la cafetera sobre un hornillo eléctrico.

De pronto, le pareció percibir un chispazo en el cielo. En el mismo instante, se apagó el fuego.

—¡Dave! —gritó—. Tiene que revisar los fusibles; hay un contacto en alguna parte.

Lay se asomó a la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No hay electricidad —contestó Charlotte.

Lay arrugó el entrecejo. De pronto, había dejado de percibir el monótono y familiar zumbido del ambientador.

—Esto es algo más grave que un simple fusible —dijo.

Pero, por precaución, fue al cuarto de control y examinó los fusibles, hallándolos en perfectas condiciones.

—Antiguamente, a esto que sucede se le llamaba apagón —dijo.

—No puede ocurrir —exclamó Marie.

Lay probó varios interruptores. Las luces no se encendían.

Los indicadores del generador de oxígeno estaban apagados. El aparato no funcionaba.

—Esto *es* grave —murmuró.

Marie se acercó al videófono y marcó un número. Alguien contestó a los pocos momentos.

—Lottie, ¿cómo estáis ahí? —preguntó a la chica que era su ayudante principal en el negocio.

—Sin luz. La ciudad está como muerta —respondió la interpelada—, No sabemos qué ha ocurrido...

—Está bien, te llamaré más tarde.

Marie se volvió hacia los presentes.

—La avería parece general —dijo.

—Hay un satélite energético en el espacio, ¿no? —exclamó Walnut.

Lay asintió. .

—Es el que suministra energía radiante a toda la zona.., en realidad, a toda la parte habitada del planeta. Claro que disponemos de generadores de emergencia...

—Sin embargo, no pueden suministrar electricidad indefinidamente. El combustible acabará por agotarse —dijo Charlotte.

De pronto, chasqueó los dedos.

—Ahora recuerdo... He visto un fogonazo en el cielo, justamente cuando se apagó el hornillo. Pudiera ser una explosión en el espacio...

Lay emitió un taco.

—Alguien ha hecho saltar el satélite de energía —adivinó.

—Pero, ¿quién? —exclamó Marie—. Los de la *M. E.* no han sido, porque saldrían tan perjudicados como los demás...

Lay no dijo nada, concentrado en sus pensamientos. Los demás le miraban con gran interés.

—Me parece que he hallado la solución —dijo al cabo.

—¿Sí? —murmuró Charlotte.

—La *M. E.,* por las razones que sean, tiene un grandísimo interés en que la gente emigre de Marte. Toda- vía quedan muchos, los más tenaces, y nos resistimos a abandonar el planeta. Pero ¿qué pasaría si nos quedásemos sin suministro de energía?

—¡Oh, no, no...! ¡Sería horrible! —se espantó Marie.

—Con los generadores de emergencia podríamos aguantar algunas semanas, hasta seis, incluso, pero no mucho más. Sin la energía radiante que llega del espacio, Marte es un planeta muerto.

De pronto, se oyó el zumbido del videófono. Lay dio el contacto.

Una hermosa morena apareció en la pantalla.

—Marie —llamó.

—Aquí, Lottie.

—Escucha, la *M. E.* acaba de difundir un comunicado, diciendo que el satélite sufre una avería y que el suministro de energía está interrumpido momentáneamente. No hay ningún cohete disponible en el astropuerto, pero tratarán de traer uno desde la Tierra, a fin de enviar un equipo de especialistas que investiguen las causas de la avería.

Charlotte se desplomó sobre un sillón.

—¡La ruina! —gimió.

—Está bien, Lottie —dijo Marie—. Te llamaré más tarde. Gracias.

Lay apretó las mandíbulas.

—Esa no ha sido una avería casual —dijo—. El satélite tiene varias pantallas emisoras de energía. Si una se avería, las otras entran en funcionamiento automáticamente. Es imposible que ninguna de las pantallas haya dejado de emitir energía radiante.

—Empiezo a sospechar de un accidente provocado —terció Walnut.

—¡Serán canallas! —dijo Marie, furiosa.

De pronto, Lay empezó a ponerse el chaquetón.

—Jake, ven conmigo —dijo.

—¿Adonde van? —inquirió Charlotte.

—Es probable que no llegue a tiempo pero debo intentarlo. Creo que ya sé quién es el autor de la destrucción del satélite... ¡porque ya no tengo la menor duda de que ese satélite está convertido en pedazos!

Walnut empezó a equiparse sin pérdida de tiempo. Momentos después, los dos hombres subían al coche de Marie.

* * *

En el Gran Canal, Tompkins dijo:

—He acertado el tiro.

—Lo sabemos —contestó alguien—. Ahora es preciso que emplee otro cohete. Recuerda las instrucciones, ¿no?

—Descuide, está todo preparado. Antes de diez minutos, dispararé un segundo cohete.

Tompkins cerró la comunicación y cargó con una mochila que puso a la espalda. Inmediatamente, echó a andar.

Minutos más tarde, llegaba a la orilla superior del canal. Tendido en el suelo, manipuló en la mochila, que contenía una caja con dos pantallas.

La caja de control empezó a funcionar. Tompkins dio vuelta a una llave. Un mecanismo de relojería inició la cuenta atrás.

De repente, el cohete que estaba en la torre salió disparado hacia lo alto. A quinientos metros del suelo, se puso horizontal, acelerando a cada segundo que pasaba.

Lay y Walnut vieron el cohete cuando todavía estaban a mitad de camino, adivinaron su trayectoria y se quedaron helados.

El cohete volaba directamente hacia la granja.

Cuando se produjera la explosión, todos los que allí se encontraban, morirían instantáneamente.

Por un instante, pensó en salir fuera y disparar el rifle, pero antes de que pudiera poner en práctica su idea, el cohete, que volaba a menos de cien metros del suelo, pasó rugidoramente sobre sus cabezas y se perdió a lo lejos, volando a más de mil kilómetros por hora.

En la orilla del canal, Tompkins sonreía satisfecho.

Aunque disponía de una pantalla de televisión y otra de radar, podía seguir la trayectoria del cohete, con la vista. El resplandor rojo de los gases -inflamados disminuía rápidamente.,

—Un minuto más y... *¡boom!,* la granja se iría al diablo...

De súbito, ocurrió algo inesperado.

El cohete viró en redondo.

Tompkins maldijo.

—¡Eso es imposible!

Manipuló frenéticamente en los controles. Los mandos direccionales del cohete no respondían en absoluto.

Ahora, el artefacto volaba en dirección diametral-mente opuesta. No menos pasmados que Tompkins, Lay y Walnut vieron pasar nuevamente al cohete sobre sus cabezas, con un rumbo exactamente opuesto al que había seguido primeramente.

De pronto, Tompkins se sintió atacado por el terror.

El cohete, perdiendo altura, parecía ir a echársele encima. Enloquecido de pánico, se tendió en el suelo y se tapó la cabeza con las manos.

Con atronador rugido, el cohete pasó a menos de treinta metros de distancia, rozando el borde del Gran Canal, de modo que levantó una pequeña polvareda. Luego, perdiendo altura constantemente, se precipitó contra el campamento.

Hubo un enorme chorro de fuego y el humo, la arena y las piedras subieron a gran altura. Desde unos mil quinientos metros de distancia, Tompkins se vio obligado a soportar los efectos de la tremenda explosión.

Cuando la calma hubo vuelto, se puso en pie.

Miró hacia abajo. En su garganta se hizo de pronto un nudo.

El campamento estaba totalmente destruido.

La tienda, las provisiones, el agua, el generador de oxígeno, la calefacción, el automóvil... Incluso la radio, puesto que el aparato que tenía junto a sí era meramente de control de lanzamientos.

Procuró serenarse. No sabía qué diablos había pasado con el cohete pero en la granja más próxima le socorrerían... A fin de cuentas, todavía tenía oxígeno suficiente en la botella que pendía de su espalda. No todo estaba perdido, se dijo.

De repente, oyó unas voces a corta distancia.

Tompkins- giró en redondo. Un coche se había detenido a unos ciento

cincuenta metros. Dos hombres, uno armado con un rifle pesado, corrían hacia él.

El tercio de gravedad marciano facilitaba la carrera de los individuos. Tompkins agitó las manos.

—¡Bienvenidos, amigos...! —pero la sonrisa se borró de sus labios cuando vio que el rifle se apoyaba en su pecho.

—¡Hola, Bill! —dijo Lay.

Tompkins tragó saliva.

-^Aparte ese chisme —pidió—. He sufrido un accidente...

—Jake, examina esa caja —ordenó el joven.

Walnut se arrodilló. Momentos después, dijo:

—Control de lanzamiento de cohetes, Dave.

—Me lo imaginaba. Bill, ¿sabe usted lo que le va a pasar?

—No le entiendo, Dave —respondió Tompkins.

—Usted es un experto en cohetes...

—Buscaba lluvia, ya lo sabe.

—Y hasta compró unos terrenos o los pusieron a su nombre, pero no compró ni una pala ni un gramo de semillas. Pero, volviendo a los cohetes. ¿Sabe que esa consola de control, portátil, tiene una grabadora, en la que se registran los rumbos de los cohetes disparados con su ayuda?

Tompkins se puso lívido. El aparato estaba intacto y no podía hacer ya nada por destruirlo.

—¿Y bien, amiguito? —dijo Walnut, torvamente—. ¿Hablarás, o prefieres que te obliguemos a ello?

—No sé nada...

Lay sonrió.

—Jake, mira a ver si lleva un arma —indicó.

Bajo el chaquetón de Tompkins encontraron una pistola. Luego, Lay dijo:

—Bill, usted va a venir con nosotros. Le diré una cosa: sospecho, pero no tengo pruebas, el nombre de la persona que le ordenó disparar esos cohetes. Wandee, sin embargo, no es todopoderoso. También es un ser humano, sujeto a las debilidades de los demás... en especial, cuando usted le acuse en un juicio.

—Está loco —dijo Tompkins—. Aunque fuese cierto, ¿cree que me iría de la lengua?

Lay soltó una risita.

—Veremos lo que opina cuando nos neguemos a reponer el oxígeno de su botella. Todavía puede aguantar varias horas. Pero, ¿y después?

Tompkins se puso lívido. De pronto, se sintió agarrado por el cuello.

—¡Andando, granuja! —ordenó Walnut, de tal modo que casi lo llevaba en vilo.

Minutos después, llegaban a la granja,

—Aquí está el culpable —dijo Lay.

Marie le contempló con no disimulado desprecio.

—Este es el que ha dejado la zona sin aire ni calor —exclamó.

Lay miró a su alrededor. De pronto, reparó en la roca que había servido para hacer la prueba de la resistencia del plástico inventado por Walnut.

Momentos más tarde, Tompkins quedaba atado a la roca.

—Grita cuando notes los primeros síntomas de asfixia —le dijo.

Y volvió a la casa, donde Charlotte le entregó una taza de café, con algunas gotas de brandy.

—¿Hablará? —dijo la muchacha.

—No le quepa la menor duda —respondió él.

—Tengo que volver a la ciudad —declaró Marie—. Lo siento, pero he de atender el negocio...

—Acompáñala, Jake —indicó Lay—. Puedes volver en su mismo coche.

—Claro —sonrió la rubia.

Lay y Charlotte quedaron a solas.

—Dave, hay algo que no acabo de entender —dijo.

—¿De qué se trata?

—Supongamos que Tompkins actúa por conveniencias de la M. *E.* Sin embargo, ¿no cree que la voladura del satélite es tirar piedras contra su propio tejado?

—Charlotte, la pregunta es muy acertada, pero, ¿ha oído hablar alguna vez de un as escondido en la manga?

—Una carta en reserva, ¿eh?

—Sí, justamente.

—Pero ¿cuál puede ser esa carta?

Lay meneó la cabeza.

—No lo sé, aunque temo que habré de ir un día a la ciudad, para averiguarlo —respondió.

—¿De qué manera?

—Simplemente, actuando como un ladrón.

Ella se quedó atónita al oír aquellas palabras. Pero antes de que pudiera decir nada, Lay añadió:

—A pesar de todo, hay algo que me preocupa mucho más. El cohete venía recto hacia la granja. De pronto, viró en redondo y estalló en el punto de partida. ¿Por qué?

—No queríamos que los hermanos sufriesen daño.

Lay y Charlotte continuaron mirándose durante un segundo. Luego, simultáneamente, volvieron la mirada hacia la puerta.

—Ktia —dijo él.

—¡Nvia! —exclamó la muchacha.

Los *Zrinn* saludaron según su costumbre peculiar, con las yemas de los dedos de ambas manos en los hombros.

—Juntamos toda la potencia de nuestras mentes —siguió Ktia.

—Y rechazamos el artefacto destructor —añadió Nvia.

Lay soltó un resoplido.

—Creo que os merecéis una copa —dijo.

Ktia sonrió.

—Seguro —contestó.

—Es bueno —dijo Nvia.

Charlotte se apresuró a llenar las copas. Después de beber, Ktia dijo:

—Marte es, para nosotros, mejor que Zrigamore. Será preciso enviar mensajes para que nuestros hermanos empiecen a venir aquí.

CAPITULO X

—No hay rastros de Tompkins —informó Lupo.

—¿Acaso se lo ha tragado la arena? —preguntó Wandee.

—Todavía se puede ver el fondo del Gran Canal, aunque el nivel del agua está creciendo con rapidez. Uno de sus cohetes explotó. Debió de convertirse en pedazos.

—Pero ¿no habéis hallado, siquiera, un trozo de su cuerpo?

Lupo meneó la cabeza.

—Las partes pesadas del equipo están todavía allí, pero lo demás está siendo arrastrado por las aguas del deshielo —contestó.

Los dedos de Wandee tamborilearon sobre la mesa.

—El plan *R* podrá ponerse en ejecución dentro de una semana. Todo está listo ya...

—En esa zona no quedan más que Lay y Charlotte Hogan, como granjeros.

—Bueno, tendremos que acostumbrarnos a vivir con ellos...

—Permítame, jefe. Se me acaba de ocurrir una idea —exclamó Lupo.

Wandee miró interesadamente a su subordinado.

—Habla, Marco —indicó.

—Un anónimo, en vísperas de la ejecución del plan *R*. Irá a curiosear y...

Wandee sonrió.

—Sí, sería una bonita ocasión para hacerle desaparecer de un modo absoluto —convino.

—Yo me encargaré del anónimo. Hay allí un vigilante, ¿no?

—En efecto, Lañe Bort vigila el deshielo.

—Entonces aguardaremos a que nos indique el momento oportuno. Del resto me encargo yo.

—Marco, no me falles esta vez —rezongó Wandee.

—Ese hombre es muy duro. Ya ve, incluso ha hecho desaparecer a Rowe y a Baihane. Ni siquiera hemos encontrado su coche, de modo que ya puede imaginarse lo que les pasó a esos dos tontos.

Wandee entornó los ojos.

—Me pregunto cómo pudieron explotar los cohetes de Bill —murmuró.

—Esas cosas son siempre peligrosas —dijo Lupo—. Yo prefiero otros sistemas.

—El único sistema bueno es el que no falla y, además, no deja tampoco rastros. Tenlo en cuenta, Marco.

—No lo olvido, jefe. ¡Lay se irá al infierno el día en que pongamos en marcha el plan *R*.

* * *

—Hay algo que no le he preguntado todavía, Charlotte —dijo Lay.

Ella estaba ocupada en llenar dos vasitos con café, del termo que había llevado consigo para el viaje, en el coche, que se movía mediante la programadora de rumbos. Dio un vaso al joven y se quedó con el otro.

—A ver, hable —invitó.

—¿Por qué vive sola en la granja? ¿No tiene familia?

—Mis padres están en la Tierra. A mi madre no le sentaba bien Marte.

—¡Oh, comprendo!

—Y a mí la granja es algo que siempre me ha gustado. Por eso me quedé, aunque, a decir verdad, estaba a punto de arrojar la toalla.

—Pero ha resistido.

—Porque vino usted y... Por cierto, ¿de dónde llegó?

—De la Tierra. Antes, sin embargo, había estado una temporada en Zrigamore.

—Donde hizo amistad con los *Zrinn.*

—Justamente.

—Ellos vinieron a Marte, antes que usted.

—Zrigamore es muy inhóspito. En el sistema Alfa Centauro hay muchos planetas, muy buenos, pero para un *Zrinn* un planeta tipo Tierra es algo donde sólo se puede vivir unas semanas.

—Creo que comprendo, Dave.

—Los que emigraron aquí son una especie de exploradores. Para un terrestre, Marte es terriblemente duro. Para un *Zrinn,* resulta poco menos que un paraíso.

—Entonces, Zrigamore debe de ser horrible —se estremeció ella.

De pronto, Lay alargó la mano y desconectó el piloto automático.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Lay tomó los mandos y condujo el coche al abrigo de unas altas rocas.

—He visto algo sospechoso —dijo.

Y se dispuso a salir del vehículo, sin olvidar el rifle y los prismáticos.

Charlotte le siguió en el acto. Lay se situó detrás de una roca y enfocó los binoculares al punto sospechoso.

—Hay un vigilante —dijo pasados unos momentos.

—¿Puedo mirar? —consultó ella.

Lay le pasó el instrumento óptico, que volvió a su poder, después de que la muchacha hubiera realizado una rápida observación.

—¿Qué opina usted? —preguntó ella.

—Me gustaría acercarme al sujeto, pero no podemos hacerlo por dos buenas razones; podría captar nuestra aproximación, ya que, seguramente, tiene un radar de alerta, incluso con señales luminosas y acústicas de alarma; y como es de suponer que no esté desarmado, podría originarse un conflicto. A fin de cuentas, no tenemos autoridad alguna para preguntarle si su estancia en ese sitio es legal o no.

—Muy cierto —convino Charlotte—. ¿Cuál es la segunda razón?

—Seguramente, tiene radio. Apostaría cualquier cosa a que esto es obra de Wandee, aunque no puedo probarlo. No me gustaría que Wandee se enterase de que merodeamos por aquí.

—Eso está bien pensado, Dave.

—Pero me extraña las cosas que se ven al pie de aquellos cerros, justo en el borde del Gran Canal. Ahí han estado haciendo obras. ¿Qué clase de obras?

Charlotte volvió a tomar los prismáticos. En aquel punto, no lejos de donde se había situado el vigilante, podían verse rastros de las obras realizadas, en especial, grandes montones de escombros.

—Parece como si hubieran intentado abrir una mina..., pero no veo por ninguna parte la entrada —dijo al cabo.

Lay recobró los prismáticos, volvió a mirar y luego dio la orden de retirada.

—Será mejor que nos marchemos antes de que ese tipo advierta nuestra presencia —dijo—. Puede tener un superrifle, lo que significa en la Tierra tres mil metros de puntería garantizada y aquí más del doble. No me gustaría recibir un proyectil de dieciséis-milímetros en mi apreciadísimo pellejo... y menos me gustaría que eso le pasara a usted.

—Me conmueve su interés por mí —dijo Charlotte un tanto irónica.

—Es genuino —respondió él, impasible.

El automóvil arrancó momentos después, pero Lay no regresó directamente a la granja sino que, unos minutos más tarde, se desvió hacia su derecha, para alcanzar la orilla del Gran Canal poco después.

Desde la altura contemplaron el movimiento de las aguas. Había ya numerosos arroyos que serpenteaban por el fondo casi liso, con cierta rapidez.

—Antes de tres semanas, quizá en dos, el canal se llenará casi de golpe. Usted ha visto alguna vez, creo, el magnífico espectáculo que es este foso lleno de agua.

Charlotte asintió.

—No me lo pierdo nunca —respondió—. Durante dos meses, me hago la ilusión de vivir casi a la orilla del mar.

—Pero la superficie de las aguas no se puede ver desde su casa ni desde la

mía. He calculado que se hallan a una cota cinco metros inferior, aproximadamente.

—La distancia en línea recta es de unos veinticinco kilómetros. Casi todos los días, hago un viaje para pasarme un rato contemplando ese espectáculo.

—Comprendo.

Lay echó un vistazo *a* los instrumentos.

—Hemos de volver. Los acumuladores empiezan a perder carga y he de conectarlos a los generadores de emergencia —dijo.

Charlotte se estremeció.

—Dave, ¿qué pasará si no se pone en órbita otro satélite energético? —murmuró—. Todos cuantos vivimos en Marte, confiábamos en la energía del satélite, pero si éste ha sido destruido, tendremos que emigrar... malvendiendo nuestras propiedades.

—Creo que voy a tener que desplazarme a Faradayville —contestó él.

—¿Qué hará allí?

Lay sonrió.

—Me pondré un traje negro, un antifaz y usaré alguna de mis numerosas ganzúas —contestó.

—¡Se va a convertir en un ladrón! —exclamó ella.

—¡Por lo menos, en un curioso, que tratará de enterarse de cosas que otros no quieren que se divulguen. Es decir, si mis sospechas son ciertas —añadió Lay —. Pero no tengo medio de comprobarlo mientras no haga un viaje a Faradayville.

Cuando regresaron a la granja, Charlotte contempló un espectáculo singular.

Dos de los vagones expelían al exterior sendas tiras del plástico que elaboraban bajo la fórmula de Jake Walnut. Cada tira tenía una anchura de doce metros y su longitud parecía infinita.

Los *Zrinn* trabajaban activamente. Enrollaban el plástico y luego se lo llevaban rodando, para desenrollarlo después en un trozo de terreno completamente llano. Situaban las tiras paralelamente, con uno de los bordes en contacto con el de otra tira y luego pasaban sobre esta unión un chorro de

gas que brotaba de la boquilla de una manguera, conectada al depósito que uno de los *Zrinn* llevaba a la espalda.

—Están fabricando la estructura de la primera cúpula gigante —dijo Lay—. Tendrá nueve kilómetros y medio ^e largo, por dos mil ochocientos de ancho y trescientos cuarenta y dos de altura. Los cálculos han demostrado que son las dimensiones óptimas para el tejido que se fabrica según la fórmula de mi amigo.

—Será digno de verse —manifestó ella—. Con media docena de cúpulas, esto parecerá...

—Un paraíso —sonrió Lay.

Ktia se acercó, de pronto.

—Charlotte, he pedido a seis de mis hermanos, de los que trabajan en tu granja, que vengan a ayudarnos —manifestó—. Espero que no te sientas ofendida...

Ella rió.

—AI contrario, es un placer, hermano.

—Gracias —dijo Ktia gravemente.

* * *

Al anochecer del día siguiente, Lay se dirigió a Faradayville, adonde llegó poco después de las once. Por precaución, dejó el automóvil a prudente distancia de la población, escondido tras unas rocas que sobresalían en la llanura, y cubrió el resto del camino a pie.

Poco más tarde, llamaba a una puerta. El dueño de la casa tardó en contestar y no amistosamente.

—Oiga, si tiene ganas de jaleo...

—Calhoun, hace unas cuantas semanas, yo le salvé a usted de un serio compromiso, cuando Lañe Bort quiso pegarle un tiro —dijo Lay.

Se oyó una ahogada exclamación. La puerta se abrió en el acto.

Había una esclusa para evitar las pérdidas del aire contenido en el edificio. Lay se dio cuenta de que tanto la puerta interior como la exterior funcionaban deficientemente.

—Le pondré una copa —dijo Calhoun—. Edna, trae la botella...

Una mujer de mediana edad y rostro severo vino a los pocos momentos.

—¿Cómo está, señor Lay?

—Llámenme Dave —sonrió el joven—. ¿Qué tal marchan las cosas, Dink?

—No muy bien. Antes de dos semanas, tendré que tomar una decisión... y me parece que no me queda más que un camino: vender, pagar mis deudas y emigrar.

—La M. *E.* aprieta, ¿eh?

—Demasiado, pero la ley está de su parte... ¿No se ha dado cuenta de que estamos viviendo con generadores auxiliares? Esto no puede durar mucho, Dave. ¿Qué pasará cuando sea necesario reponer el combustible de los generadores? La M. *E.* tiene exclusiva del suministro y lo cobrará a precios de peso de diamantes, no de oro...

Lay contuvo una sonrisa al escuchar el amargamente sarcástico comentario del individuo.

—Dink, puede que todo se arregle antes de lo que piensa —dijo—. Sólo tiene que facilitarme algunos detalles, acerca de cierto lugar en el que no he estado todavía.

—Lo que usted diga. Pregunte, Dave.

Lay empezó. A los pocos momentos, había satisfecho su curiosidad y se dispuso a salir.

—¿Quiere compañía? —se ofreció Calhoun.

—No, gracias; esto es algo que debo hacer yo solo...

—Pero no comprendo por qué lo hace, Dave.

—Es bien sencillo: por mi propio interés, en primer lugar; y luego por ayudar a unos buenos amigos, entre los que figuran ustedes dos.

—Ojalá le salga todo bien —deseó Calhoun—. Pero ¿qué espera encontrar allí?

—Guárdeme el secreto, Dink. ¿Cree usted que una compañía como la *M. E.* permitiría que su satélite energético fuese destruido, después de haberse

gastado millones en la compra de terrenos de todas clases, incluidos edificios comerciales, sin tener otro satélite de reserva?

Calhoun abrió primero la boca. Luego dijo:

—No sería lógico, en efecto. Pero Edna y yo guardaremos el secreto como tumbas —prometió.

—Sólo será durante unos días —se despidió Lay sonriendo.

CAPITULO XI

Marco Lupo dejó unos papeles sobre la mesa y miró sonriendo al hombre sentado al otro lado.

—Once más —anunció.

—Once derrotados —sonrió Wandee.

—Han vendido por cuatro cuartos. Se marchan en la próxima astronave.

—Me interesaría el Phobos. Un día puede ser un buen negocio, Marco.

—He tanteado a Marie, pero no vende. Se muestra extrañamente terca —declaró Lupo.

—Insiste...

—Jefe, si me lo permite, de momento tengo otros planes respecto a esa rubia.

—¿Sí?

—Creo que no enviaré el anónimo. Marie será quien avise a Lay.

Wandee enarcó las cejas.

—¿Cómo?

Lupo emitió una sonrisa enteramente de acuerdo con su apellido.

—Yo me ocuparé de eso —dijo—. Lay hará más caso de lo que le diga Marie que no de un anónimo que puede acabar en una papelera.

—Puede que tengas razón...

Un zumbido se oyó en aquel momento. Wandee pulsó una palanquita.

Se oyó una voz:

—Habla Bort.

—Te escucho —dijo Wandee—. Adelante.

—El nivel _ está en cinco metros de promedio, tendiendo a subir. Según los sensores, la cosa está ya a punto,

—¿Tienes todo listo?

—Sí, señor.

—Muy bien, sigue ahí hasta que te avise. Cuando te diga que amenaza lluvia, escapa a toda velocidad. ¿Entendido?

Sonó una risita.

—La lluvia trae agua —comentó Bort.

—Exactamente —respondió Wandee.

Y cortó la comunicación.

Luego, su mirada se fijó en una caja negra, del tamaño de una de habanos, aunque el doble de gruesa, y sonrió.

—La caja de los truenos —dijo.

Levantó la vista.

—Tengo unas ganas locas de apretar los dos botones —dijo.

—No tardará mucho —aseguró Lupo—. Jefe, se me está ocurriendo una idea.

—Habla, Marco.

—Antes ha mencionado la palabra lluvia... Cuando una persona se da cuenta de que amenaza lluvia, saca su paraguas.

—Sí, claro.

—Entonces, ¿por qué proporcionarle un paraguas a Lañe?

Wandee parpadeó varias veces.

—Es un poco bocazas, en efecto —convino.

—En tal caso, no le ofrezca su paraguas —dijo Lupo, quien, en cambio, no pestañeaba.

* * *

Lay extendió el papel y lo sujetó en la pared con unas cuantas chinchetas. Charlotte y Walnut le con templaban interesadamente.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha.

—Una copia, algo burda, debo reconocerlo, de algo que vi en la caja fuerte de Wandee —contestó Lay—. Claro que allí tomé una copia mucho más reducida, pero la he ampliado a cuatro veces el tamaño primitivo de esa copia.

—Es un mapa —dijo Walnut.

—Sí.

—Veo el Gran Canal... Los trazos son inconfundibles, pero, ¿qué es esa mancha casi ovalada, situada paralelamente al Gran Canal?

—Un lago.

Charlotte miró atónita al joven.

—Un lago —repitió.

—Sí, y según mis cálculos, tendrá, como mínimo, ciento cincuenta kilómetros de largo por veinte de anchura máxima. Claro que, debido a su longitud, casi parece un río; pero la anchura media no bajará nunca de doce a quince kilómetros, salvo en los extremos. Y la profundidad, en algunos puntos, rebasará los doscientos metros.

Charlotte se quedó sin aliento.

—Una cantidad increíble de agua —dijo.

—Tomando por base de los cálculos las dimensiones medias, puedo asegurar que ese lago contendrá, al menos, doscientos veinticinco mil hectómetros cúbicos de agua, o lo que es igual, doscientos veinticinco mil millones de metros cúbicos, o toneladas, como se le quiera llamar.

—¡Rayos! —juró Walnut—. Eso es una riqueza fabulosa... Estamos bastante lejos del Polo... ese lago no se helará tan fácilmente; en todo caso sólo la capa superior...

—El borde oriental rozará nuestras granjas. Pero eso no es todo; hay muy pocas granjas, de las que compró la *M. E.,* que queden sumergidas cuando se produzca la inundación. En general, todos los terrenos comprados por Wandee y sus esbirros rodearán a ese lago, sin contar con que la ciudad quedará a menos de dos kilómetros de su extremo Sur.

—Aprovechan la depresión de esta zona, ¿verdad?

—Justamente. Es preciso convenir que se trata de una buena idea, concebida por un brillante cerebro y puesta en práctica por Wandee y sus esbirros.

—Y no por procedimientos honestos —intervino Charlotte.

—No podían hacerlo, si querían obtener provecho de su trabajo. Marie me ha llamado. Desde que nos quedamos sin satélite, el índice de emigración ha aumentado enormemente. Wandee ha comprado un montón de propiedades más. Ella, sin embargo, sigue resistiendo.

Walnut dio un puñetazo sobre la mesa que tenía junto a sí.

—¡Y resistirá! —barbotó—. ¡Por todos los diablos...! Un día iré a Faradayville a machacarle las narices a ese detestable sujeto.

—Te guardarás muy bien —dijo Lay—. Tengo mis planes para derrotar a Wandee, pero lo haremos de un modo enteramente legal. No olvidemos que en la ciudad hay un juez delegado del gobierno terrestre y que, neutral en muchos asuntos, no podrá permanecer indiferente en este.

—Sobre todo, cuando se presenten las pruebas pertinentes —dijo Charlotte—. Pero ¿serán suficientes las que tenemos?

Lay sonrió.

—Cuando menos, Wandee se verá en serios aprietos —respondió—. Jake, ¿cuándo empezamos a inflar la primera cúpula? —preguntó.

El gigante hizo unos rápidos cálculos, con la ayuda de un papel y un lápiz.

—Tengo casi fabricada la superficie de la primera cúpula, es decir, algo así como un millón trescientos mil metros cuadrados de tejido. Pero necesitamos veintisiete millones de metros cúbicos de atmósfera, suponiendo que se establezca una presión similar a la terrestre, al nivel del mar...

—Déjalo a dos mil metros de altura, Jake —dijo Lay.

—Bueno, aun así, no menos de veinticuatro o veinticinco millones de metros cúbicos. Eso no se consigue tan fácilmente, ahora que el satélite está destruido. Tus generadores de emergencia producen lo justo, Dave.

Lay asintió.

—Sí, tendremos que esperar un poco —admitió-Aunque no demasiado —añadió, con amplia sonrisa.

Los perspicaces ojos de Marco Lupo escrutaron e! interior del local. Marie no estaba allí, atendiendo a los clientes,

Lupo se imaginó fácilmente dónde podría encentrar a la mujer. Buscó una puertecita disimulada y subió al primer piso. Segundos después, tocaba con los nudillos en una puerta, sobre la que había un rótulo con el nombre de su ocupante y la indicación de PRIVADO.

—¿Quién es? —preguntó Marie.

—Un amigo —respondió Lupo.

La joven abrió. Su boca hizo una mueca de disgusto al reconocer a su visitante.

—Un «amigo» —resopló.

—Lo soy —sonrió Lupo—. Traigo buenas noticias.

—No me diga...

—Vamos, invíteme a una copa. O, si lo prefiere, se la pagaré, pero no vamos a hablar en el pasillo, digo yo

Marie encogió de hombros. Retiróse a un lado y luego volvió tras su mesa.

—Marco; no pienso vender —manifestó.

Lupo no le recordó la invitación. Estudió un instante la posición del videófono y luego se situó exactamente en línea con el aparato y Marie. El rostro de Marie quedaba frente al objetivo que captaba su imagen, cuando hablaba con alguien.

Entonces, se sentó y sacó una pistola. Marie lanzó un grito y quiso levantarse, pero Lupo la obligó a sentarse con una seca orden:

—Quédese quieta, Marie. Escuche bien lo que voy a decirle. Ahora mismo llamará a Lay y repetirá exactamente todo lo que yo le diga. Pero antes, le haré una muy seria advertencia. Si intenta advertirle de que yo estoy aquí, la mataré. ¿Está claro?

Marie, muy pálida, asintió.

—¿A qué emboscada piensa llevarle? —preguntó.

—No se preocupe. Lo único que tiene que decirle es...

Momentos después, Marie tenía en pantalla el rostro del joven.

—Dave, tengo informes —declaró.

—¿Buenos?

—Creo que sí. Ve mañana, hacia mediodía, al extremo Oeste de los Montes Wellington, junto al Gran Canal. Sé que va a pasar algo, aunque no he conseguido averiguar más...

—Si consigues otros detalles, avísame, sea la hora que sea —pidió Lay.

—Descuida.

Lupo hizo señas con la pistola. Ella cerró la comunicación.

—Eso ha estado muy bien —sonrió el individuo. Se levantó y, de un seco golpe con la culata, hizo estallar la pantalla del videófono—. No se le ocurra intentar alguna forma de avisar a Lay, o le pesará.

—No le avisaré —dijo Marie.

Lupo abandonó la habitación. Marie procuró tranquilizarse.

Se trataba de una encerrona, no cabía la menor duda. Pero, por muy fuerte que fuese la amenaza de Lupo, ella debía avisar a Lay.

Sin embargo, no podría ir en persona. Estaría vigilada constantemente.

Alguien tendría que hacerlo...

Pensativa y preocupada, se levantó y pasó a su dormitorio, en donde se cambió de ropa. Luego bajó a la sala.

De pronto, vio que una de las *barmaid* se disponía a servir la copa a un cliente recostado en el mostrador. Con paso vivo, Marie se acercó a aquel lugar y ordenó:

—No sirvas más a este mal pagador.

Calhoun respingó.

—Oiga, yo...

La *barmaid* se alejó. Marie retiró la copa que Calhoun tenía ante sí.

Lupo estaba en el fondo de la sala. El sujeto sonreía de un modo especial.

—Dink —musitó Marie—, Lay está en un grave peligro. Es preciso avisarle. Lupo me ha roto el videófono.

—Comprendo —respondió Calhoun—. Pero no tengo coche...

—Pasada la media noche, vaya a Mulrooney. Yo pagaré los gastos.

—Está bien. ¿Qué le digo?

—Sólo lo que ha oído... y que se trata de una trampa. —De súbito, Marie alzó una voz—. ¿Es que hablo en chino? ¡Si no paga su cuenta, no beberá más aquí, Dink Calhoun!

Una moneda rebotó sobre el mostrador.

—¡Por dos cochinos marcos! --dijo Calhoun, siguiéndole la corriente—. ¡Qué ganas tengo de que emigre, Marie Georges!

Ella le sacó la lengua.

—¡Brrr...!

Pero su gesto de burla, en realidad, iba dirigido a Lupo.

* * *

Cuando ya estaba a punto de subir al coche nuevo que había comprado días atrás, Lay vio venir a Charlotte

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha—. Nvia me ha dicho que usted puede correr peligro...

Lay meneó la cabeza.

—Vamos —contestó—. Hablaremos durante el camino.

Charlotte cambió de vehículo.

—Ese Ktia... Es un poco independiente —sonrió Lay, después de que el automóvil se hubiera puesto en marcha—. Yo no dije que llamara a Nvia. Pero, sí, creo que se trata de una emboscada.

—¿Cómo lo sabe?

Lay le explicó la llamada recibida el día anterior, por la noche.

—Marie le indicó que fuese a mediodía y son las nueve de la mañana —manifestó ella.

—Llegaremos sobre las once y media. Pero supongo que se trata de una trampa, por una razón muy sencilla. Marie no preguntó ni una sola vez por Jake.

—Creo que comprendo —murmuró ella.

Pasaron unos minutos. De pronto, Lay vio, por el retrovisor, que les seguía otro coche y preparó el rifle.

El segundo vehículo les alcanzó muy pronto. Lay se tranquilizó al reconocer a Calhoun.

—¡Marie dice que no vaya, que se trata de una trampa! —gritó Calhoun.

—Ya lo sé, pero quiero verlo con mis propios ojos. Le invito a acompañarnos, Dink.

Lay conocía el temperamento belicoso del sujeto y sabía que éste no rechazaría la invitación. Momentos después, los dos automóviles arrancaban de nuevo.

A las once y media, Lañe Bort les apuntó con el rifle.

—Están en terreno prohibido —dijo—. Váyanse, o haré fuego.

Lay sonrió.

—Bort, faltan treinta minutos para que se produzca la explosión. Usted está justo encima de los explosivos. Sólo he venido a avisarle para que se retire, si no quiere convertirse en algo muy parecido a la arena —contestó.

CAPITULO XII

Las aguas del Gran Canal se deslizaban con mansa velocidad. En algunos puntos, hilos de líquido rebasaban la orilla.

En Faradayville, Craig Wandee abrió la caja negra y pulsó un botón. A ciento sesenta kilómetros de distancia, la tierra páretelo volar al espacio.

Situados en lugar seguro, Lay, Charlotte, Calhoun y Bort contemplaron el indescriptible espectáculo.

En una longitud de casi trescientos metros, millones de toneladas de roca y tierra resultaron pulverizadas. A Charlotte le pareció por un momento que Marte iba a partirse en dos mitades.

Lay estudió críticamente el lugar de la explosión. Una brecha de más de trescientos metros de largo por quince o veinte de altura. «Muy bien calculado», elogió mentalmente.

Cuando se disipó el humo, vieron una inmensa catarata, que lanzaba colosales torrentes de líquido fuera del Gran Canal. Lay y los otros tres contemplaron fascinados el increíble espectáculo.

—El deshielo durará un par de meses, como es habitual —dijo Lay—. En ese tiempo, entrará en la depresión agua suficiente para formar el lago.

Una poderosa corriente se deslizaba tumultuosamente en busca de los niveles más bajos. Durante dos meses, el agua continuaría fluyendo por aquella enorme brecha y la depresión, al quedar llena, formaría un lago, que proporcionaría beneficios incalculables a la zona.

Pasados unos minutos, Lay señaló el transmisor de radio.

—Bort, a usted tenían que avisarle con tiempo para que se retirase del lugar de la explosión —dijo.

El sujeto, muy pálido, asintió.

—La... la contraseña era que... amenazaba lluvia... ¡Pero no han dicho nada! —exclamó, furioso—. ¡Querían que desapareciera!

—Usted les ha ayudado en muchos trabajos sucios. Habrá un juicio. Obtendrá benevolencia del juez, simplemente con que declare la verdad.

—Así lo haré —prometió Bort.

—En tal caso, llame a Wandee y dígale que todo ha salido como se calculó o dele la contraseña acordada. Si le pregunta por mí, responda que ya no tiene por qué preocuparse. ¿Entendido?

Bort hizo un .signo de asentimiento. Después de lanzar la llamada, se volvió hacia el joven.

—¿Y ahora?

—Venga con nosotros. Mañana será usted testigo de muchos acontecimientos importantes —respondió Lay. Volvió la cabeza un poco—. Dink, será mejor que se quede hoy en mi granja. Wandee sabe que no tiene usted coche y recelaría si le viese volver en pleno día.

—De acuerdo —contestó Calhoun. Lanzó una sonrisa y añadió—: Ya tengo ganas de ver la cara que pondrá Wandee cuando el juez empiece a hablar.

—No falta mucho para eso —aseguró el joven.

* * *

Desde la ventana de su casa, Marie vio el nutrido grupo de individuos que se agolpaban ante la puerta de las oficinas de la M. *E.,* en espera de vender sus propiedades.

«Están locos», pensó.

Pero, temerosa por sí misma, no se atrevía a salir y revelar sus sospechas. No obstante, tenía la esperanza de que alguien, con fuerza legal, anulase algún día aquellas operaciones absolutamente ilegales.

De pronto, vio venir dos coches por el centro de la calle.

El corazón le palpitó con fuerza. Walnut llegaba en el segundo de los vehículos, pilotado por Calhoun, y agitó una mano hacia ella.

Detrás de Walnut llegaba un sujeto, a quien Marie reconoció en el acto.

Era Lañe Bort. Bill Tompkins viajaba en el coche que pilotaba Lay y con Charlotte sentada a su lado.

Inmediatamente, Marie abandonó la ventana y empezó a vestirse apresuradamente, para salir a la calle Quería estar presente en el momento oportuno.

Los dos coches se detuvieron ante las oficinas de la *Marspace Energy.* Lay

saltó al suelo.

—¡Hombres, no vendan sus propiedades! —gritó—. Las cosas han cambiado radicalmente. Habrá agua en abundancia y también, muy pronto, un nuevo satélite energético en órbita.

Decenas de pares de ojos se volvieron hacia el joven. A prudente distancia, un hombre de mediana edad, equipado adecuadamente, contemplaba la escena.

Se oyó un fuerte murmullo. Los rumores llegaron hasta la oficina en donde Wandee, auxiliado por un par de empleados, trabajaba activamente.

—¡Marco! —gritó—. ¿Qué sucede ahí afuera?

Lupo se hizo visible casi en el acto.

Estaba muy pálido.

—Lay ha llegado —exclamó.

Wandee se puso en pie lentamente.

—Pero ¿cómo diablos...?

—¡No lo sé! —rugió el sujeto—. Está ahí afuera, es todo lo que importa. Y no ha venido solo.

Wandee lanzó la pluma a un lado y se puso el chaquetón y la mochila con la máscara. Dejó el chaquetón desabrochado y, de este modo, la pistola quedaba al alcance de su mano.

Seguido por su esbirro, salió a la calle. Los murmullos cesaron en el acto.

Los ojos de Wandee recorrieron el pequeño grupo que había quedado frente a él. Un terrible estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Lay, ¿qué diablos quiere? —gritó.

—Señor Wandee, aquí está Bill Tompkins, autor del disparo que destruyó el satélite energético —contestó el joven—. Está dispuesto a declarar la verdad, a cambio de benevolencia en la sentencia cuando se le juzgue.

—No sé nada...

—Lañe Bort vigilaba la zona donde ayer se produjo cierta explosión. Usted debía avisarlo, pero no lo hizo. Bort está muy resentido, porque, de no haberle

apartado yo, ahora estaría muerto. También hablará.

Después de aquellas palabras, se hizo un profundo silencio.

—En estos momentos —prosiguió Lay, después de una corta pausa—, las aguas están entrando en la depresión situada al Sur y al Oeste de los Montes Wellington y formarán un lago de ciento cincuenta kilómetros de largo por veinte de ancho.

Se oyeron fuertes murmullos de asombro. Lay esperó a que se restableciese el silencio para continuar:

—El noventa y cinco por ciento de las granjas que usted compró, quedarán a orillas de ese lago, en el que no faltará agua durante todo el año. Por tanto, esas tierras se revalorizarán enormemente y usted podrá venderlas al precio que le dé la gana. Es de reconocer el valor de la obra realizada, pero no los medios empleados para ello. Usted tuvo una buena idea al estudiar esa depresión y quiso quedarse con todo, en la forma que la mayoría saben o, por lo menos, sospechan.

Durante más de dos años, ha estado provocando la emigración, a fin de comprar a precios bajos. Usó de todos los procedimientos para obligar a las gentes a que abandonaran el planeta. Cuantos más se marcharan, más beneficios obtendría usted. Y para acelerar esa emigración, hizo destruir el satélite energético.

—¡No hay pruebas! —aulló Wandee.

—Aguarde un momento —dijo Lay, sin perder la serenidad—. No querría hablar yo de los ataques de que he sido objeto, porque no tienen importancia. Pero el último consistió en tenderme una trampa, de modo que me hallase en el lugar de la explosión.

Lupo se desabrochó el chaquetón con gesto desafiante. La culata de su pistola quedó a la vista.

Los curiosos se apartaron un poco. Lay continuó en el mismo sitio.

—Ahí, en su despacho, tiene usted un mando de control remoto, por medio del cual, en el momento en que lo desee, pondrá en funcionamiento el satélite que sustituirá al que destruyó Tompkins. Por tanto, la energía ya no faltará en Marte —dijo—. Pero ¿se ha dado cuenta de que un juez puede dar como ilegales todas las operaciones realizadas? Cientos, acaso miles de granjeros, dirán que fueron forzados de una forma u otra a vender su propiedad...

—Los documentos están en regla —aulló Wandee.

—No lo dudo, pero la M. *E.* se verá metida en tal cantidad de pleitos, que deberá ceder, si no quiere ir a la quiebra. La verdad, todo esto no sería suficiente para ponerle a usted en graves aprietos .., pero hay algo que le costará una condena de por vida.

—¿Sin pruebas? —rió Wandee.

—Lañe Bort conoce el sitio donde están enterrados dos granjeros tercos y obstinados, que no querían vender a ningún precio y a los que fue preciso eliminar físicamente. Bort está de acuerdo en declarar todo ante un tribunal y dirá también...

Se oyó un rugido de ira. Lupo sacó su pistola.

Alguien disparó, a un lado de Lay. Era el jefe Vroots.

Lupo chilló, manoteó y se desplomó al suelo. Wandee, enloquecido, sacó también su pistola, pero no fue tan rápido como Lay, quien apuntó al hombro, haciéndole caer de espaldas.

Wandee intentó sostenerse; pero acabó sentándose en el suelo, gimiendo de dolor. Lay se acercó a él y le miró con dureza.

—Los hombres de su calaña sufren mucho más en la cárcel —dijo.

El jefe Vroots se acercó.

—Lay, tendrá que declarar extensamente —manifestó.

—Estoy a su disposición, jefe —respondió el joven.

Sonrió y agregó:

—Puedo probar lo que he dicho. Entró en la casa a grandes zancadas, buscó el despacho de Wandee, levantó la tapa de la caja negra y apretó el segundo pulsador.

Se oyó un grito general de júbilo: —¡Hay energía!

Muchas luces exteriores habían quedado apagadas al ser destruido el satélite. Cuando el nuevo entró en funcionamiento, las lámparas se encendieron de nuevo. Lay volvió a la calle. Entonces, el hombre que había contemplado la escena desde prudente distancia, se acercó al joven.

—Soy MacIver, segundo director y comisario principal de la M. *E.* —se presentó—. He oído lo que ha dicho y es muy interesante Me gustaría hablar con usted largo y tendido, muchacho.

—Tengo una granja, señor —sonrió Lay. —Sí, lo sé, y me imagino que no querrá aceptar un puesto en nuestra empresa, tan desprestigiada por la actuación de su gerente en Marte. Pero las cosas cambiarán, a partir de ahora. Puedo adelantarle que devolveremos las propiedades a sus dueños, los que quieran volver, por supuesto. Los que no deseen regresar, recibirán el importe de la diferencia, valorando la propiedad a un precio justo.

—Está muy bien, señor MacIver. —Teníamos noticias de que Wandee actuaba irregularmente. He podido comprobarlo por mí mismo. De todos modos, insisto en hablar con usted.

—Muy bien, a la noche, en el hotel. Cenaremos juntos, con algunos amigos.

—De acuerdo. A propósito, he oído decir también que está aquí un tal Walnut, inventor de la fórmula del tripoliuretano... Es un plástico con di que podría cubrirse una ciudad cuatro veces mayor que Faradayville.

Lay volvió la cabeza. Vroots y sus ayudantes se llevaban a Wandee, Bort y Tompkins.

Walnut y Marie se alejaban por el centro de la calle.

—Allá va —indicó—. En cuanto al tripoliuretano, todo lo que usted pueda saber, queda pálido ante la realidad. Pero respecto a ese asunto, tendrá que tratar con el propio Walnut.

MacIver asintió y echó a andar. Lay quedó junto a Charlotte.

—Me parece que tú v yo tenemos que hablar —dijo él.

—No puedo ni sonreír, con la máscara puesta —se quejó la muchacha.

—¿Puedes, al menos, decir sí?

—Sí, ¿a qué?

—A una proposición de matrimonio.

—Sí.

—Esto de las máscaras es un asco —dijo Lay—. Vamos a un sitio en donde pueda besarte.

—¿Tan poca imaginación tienes? —rió la muchacha—. ¿No eres capaz de retener la respiración siquiera diez segundos?

—¡Y sesenta también! —exclamó Lay, a la vez que se quitaba la máscara.

* * *

Un par de semanas más tarde, Charlotte se levantó para preparar el desayuno a su flamante esposo. A través de la ventana, divisó el panorama de las aguas del lago que crecía de nivel día a día.

De repente, observó algo que le hizo lanzar un grito:

—¡Dave!

Alarmado, Lay saltó de la cama y corrió a la cocina.

—¿Qué sucede, cariño?

—Los *Zrinn.* No están, se han marchado...

Lay recorrió con la vista las cúpulas donde, ordinariamente, a tales horas, se hallaban trabajando ya los *Zrinn.* Ahora, en cambio, no veía ninguno.

De pronto, creyó comprender los motivos.

—Ya sé —dijo. Y explicó la causa de la ausencia de los *Zrinn.*

—¿Tú crees? —preguntó Charlotte.

—Para ellos, hay paz en Marte y estiman que ha llegado la hora de... de multiplicarse. Dentro de doscientos veinticinco días, aproximadamente, podrás ver los primeros *Zrinn* auténticamente marcianos.

—Me gustará —dijo ella—. Pero las... las mujeres se... se cubrirán...

Lay soltó una risita.

—Los *Zrinn* suelen adoptar las costumbres del lugar en que viven —contestó —. Y eso no es todo, sino que ahora se producirá una verdadera emigración desde Zrigamore. Ktia y Nvia y los demás de las otras granjas informarán a sus hermanos. Vendrán muchos más *Zrinn,* te lo aseguro.

—Siempre que no haya conflictos...

—No los habrá —aseguró él. Consultó el reloj—. Hoy no podré ir a la oficina.

En realidad, tendré que esperar a que se hayan acabado las lunas de miel de los *Zrinn.*

—Bueno, tampoco se va a hundir la *M. E.* porque faltes unos días —dijo Charlotte.

Paseó la vista por el panorama. Walnut había construido ya la primera cúpula gigante y los *Zrinn* empezaban a roturar el terreno.

MacIver había conseguido persuadir a su esposo, nombrándole gerente de la *M. E.* en Faradayville. Realmente, el trabajo, una vez liquidados los asuntos más importantes, no sería excesivo y podría pasar gran parte del tiempo en la granja.

Nvia se ocuparía de su propia granja. Cuando estuviese lista la segunda cúpula gigante, llegarían más *Zrinn* para ayudar a Ktia y Nvia. Y construirían un acueducto y las bombas traerían agua hasta los depósitos elevados, que se fabricarían con el tripoliuretano de Walton, ,y... un día, bajo las cúpulas gigantes sembrarían pastos y criarían animales mayores que las gallinas y...

Suspiró, dichosa. El porvenir se presentaba radiante.

—Dave —murmuró.

—Dime, querida.

Dentro de pocos años, habrá cúpulas de aquí a Faradayville. Incluso se construirá una carretera o un ferrocarril...

—Indudablemente, pero, mientras llega eso, ¿por qué no terminas de preparar el desayuno?

Charlotte se echó a reír.

—¿ Sabes?, tengo ganas de ver ya los primeros niños *Zrinn* —dijo.

—*¿Y* los tuyos, no?

Ella enrojeció.

—También llegarán —aseguró, a la vez que se colgaba del cuello de su esposo.

FIN